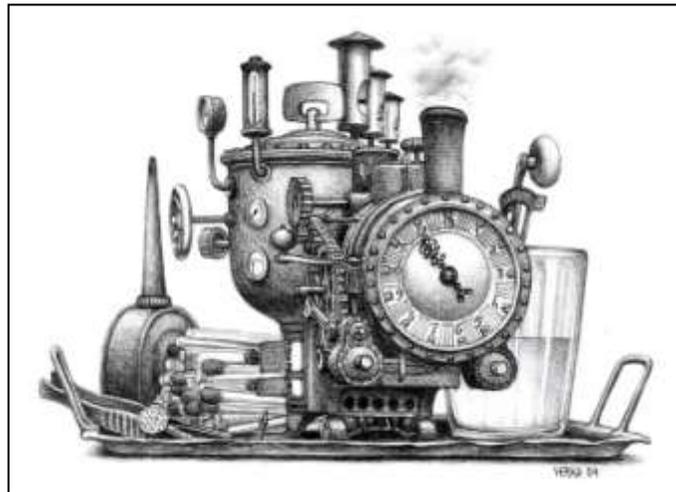


Té con el estúpido Sir Ende Pity



Té con el estúpido Sir Ende Pity

Introducción: Alborada del gracioso...

Libro uno: Cuadros para una gedakenexperiment.

Piedras / 9

Ninfa / 13

Lotto / 18

Malicia en el país de las *aravillas* / 23

Al filo del insomnio / 27

El ocaso del guerrero / 32

Valses nobles et imbéciles / 35

La balada de Octavio y Mari Jo / 44

Nadja / 46

Libro dos: Buscar la aguja en el parsec.

Mujeres caníbales en la selva aguacate de la muerte / 51

Sueño de una noche de invierno / 54

Viaje mágico y mister oso / 58

Gótico / 63

Rhapsodie Espagnole / 65

La segunda piedra / 73

Lascas ad lib / 77

H.G. Wells *sampleado* en la nueva maquina del tiempo / 78

La ficha capicúa / 82

Códice Biznaga #112 / 84

INTRODUCCION:

Alborada del gracioso...*ópera prima, opium prono*. Las manadas de ideas corren al precipicio del basural. No te asomes a mis huesos, que no hay fortuna para un lector. Ocurre la exacta balanza de colillas y hojas de papel comprimidas a ojos de ciego. ¿De donde saca uno inspiración? Tal vez sea la especial alcurnia en el cliché del *lunk art*, o arte hecho con desperdicios, con derecho a figurar por todas partes cuando la llamada de las pantuflas. La luna es otro ojo mirándome en el tiempo. El cuarto luce del color mordaza. No puedo hablar. Otra vuelta al rodillo para suscitar el aleluya de la primera oración y la hoja me hace cabecear, estirarme, dar de vueltas sobre la silla callosa en pos de más té. Entonces tomas un pocillo cualquiera, agregas dos tantos de agua, lo colocas en la hornilla y, dramáticamente, parecerá que sentarte en ese momento a vigilar que hierva el contenido de agua guarda tanta proporción con el suspenso de la primera línea escrita. Lo augural, lo enunciativo múltiples veces, lo desechado como toda condena que suena a palabra rota es tan simple y hermoso como el acto del gitano al inclinarse a observar una mano. Pasan los minutos y yo me pregunto: ¿Por qué un pocillo de agua calentándose nunca hierve si vigilada? ¿Por que un poema pretencioso nunca madura si lo persigo? ¿Por que un canario en cautiverio nunca canta si apartado del aire: no está, no está?. Demencia e iluminación. Cerca están las horas matinales mientras aparecen fantasmas trenzados en el humo, rondándome con pasos desvaídos por la cabeza. La pregunta camina y salta la franja del bostezo. Borra lo que sigue, tacha lo que prosigue. Todo vuelve a la adivinanza por adivinar...

¿*Coincidencia?*. Es...si miro yo, la medida de un hombre sentado en una silla, despidiéndose de una mano que acaban de cortar. La mano toca un millón de noches

semejantes, alcanza los acontecimientos recientes que siguieron a la pintura rupestre y los trabajos de estucado sobre cráneos para la eternidad de hoy. Piedra rodante es el ocioso Gilgamesh de Uruk siendo cautivado con la consiguiente e inexplicable urgencia de rondar el éxito ajeno, de modo tal que su improvisación le lleva hasta la orilla del Eufrates donde la calavera del adversario Enkidu, a manera de cuenco, es llenada con amoroso sumergir en aguas mesopotámicas, ¡naciendo la primera jícara de la historia!. Su próxima variación a tecomate es inevitable dentro del instante que vuelve siempre cuando esta invención corona una pila armoniosa de ramas y hojarasca, invención vecina del buen Utnapishtim.

Aunque Gilgamesh y su contemporáneo observaron el conjunto de sus aportaciones largo tiempo, en realidad nada pasó. En su mutuo arrobamiento por visualizar una cocina, ambos habían olvidado que aún no se descubría el fuego. Tiempo después, el rayo cayó accidentalmente sobre la vara más salida e incendiándola de inmediato, pero fue un detalle desapercibido para Gilgamesh que ya había renunciado a la espera y abandonado el lugar. Ishtar obsequia la sopa al mundo. No obstante, Gilgamesh había pasado a la posteridad por ser el primero en preguntarse: ¿De dónde saca el alma inspiración?. La duda de por qué una vasija con agua calentando se niega a hervir, fue lo que mató a su tribu cuando ésta desestimó el poder universal del primer diluvio y jamás se movieron del tecomate, donde los visos de agua nunca parecían consumirse.

Palabra de barro, aunque recientemente científicos modernos han unificado el fenómeno en una sola teoría global que reduce cuanta caldera, tetera, pocillos de cerámica o metal o moderno aluminio al problema de un mismo recipiente hipotético (la fórmula audaz no ampara al santo Grial por desgracia, pues éste más que un utensilio de cocina es un certificado de virginidad). Otra alacena de los trastes en conflicto, descubre nueva serie de rostros inmortales en el trasfondo:

Año 1101: Abulgualid Muhammad Ibn-Ahmad Ibn-Muhammad Ibn-Ruushd cambió su nombre por el de Averroes, pues la completa pronunciación del patronímico le pareció tan absurda como la espera del primer hervor en una redoma alquímica.

Año 1226: Tomás de Aquino prueba que Dios existe y sólo a El corresponde vigilar todos nuestros recipientes puestos al fuego eterno.

Año 1543: Nicolas Copernico divulga su teoría de que la tierra gira alrededor del sol. Se le atribuye la memorable frase dicha en la marmita: ¡Y sin embargo, no hierve!

Año 1632: Por el sencillo acto de arrojar un manojo de *spaghetti* al caldero, Galileo llega a comprender la mecánica de los objetos en caída libre. El experimento es repetido con albóndigas, arrojadas desde un balcón de la inclinada torre de Pizza.

Año 1641: “Pienso, luego existo...”, proclama René Descartes y añade: “¡Pero estos pocillos son estúpidos!”

Año 1686: Haciendo uso del cálculo integral, Isacc Newton demuestra que la aproximación de nuestras narices sobre la tetera caliente, opera una fuerza gravitacional a modo de moco.

Año 1843: Calentando varias marmitas a un tiempo, James Prescott Joule traduce el calor en energía mecánica y de este modo, concibe la primera ley termodinámica y la ducha caliente.

Año 1883: Friedrich Nietzsche anuncia: “Dios ha muerto, hoy ha nacido el superhombre, más este pocillo debe ser su venganza”.

Año 1905: Albert Einstein prueba que ollas y pocillos son relativos al tiempo y el espacio, mientras que Heisenberg acusa de qué todo observador interfiere directamente en los **minutos de calentamiento**...particularmente, la fórmula **$E=mc^2$** es por principio la **Estufa** cuántica.

Año 1910: Bertrand Russell apunta la lógica distinción entre la frase: “¿Por qué un pocillo de agua calentándose NUNCA hierve si vigilada?”, por otra más apropiada: “¿Por qué un pocillo de agua calentándose NO hierve si vigilada?”. (Después de todo, el pocillo en cuestión empezará a hervir en cualquier momento que su observador ya no le preste atención.)

Año 1927: Sigmund Freud, haciendo uso del psicoanálisis, sugiere: “Alabe a su pocillo. Mencione su agua y dígale algo agradable acerca de su calentamiento. La lisonja puede convencer al ego de cualquier trasto obstinado...”

Año 1943: Jean Paul Sartre en el manifiesto existencialista declara que los trastes de cocina son libres y solo a ellos compete cuestionar sus propias opciones de borboteo.

Año 1973: Stephen Hawking explica que los agujeros negros en el fondo de las ollas constituyen un atajo hacia otros universos paralelos donde la singularidad última se conocerá como el **Big Boil**.

Año 1985: Akio Morita & Sony Corporation introducen al mercado el horno de microondas, mientras General Foods experimenta un sustituto del agua. (Dupont Inc. absorbe a Acme luego hierve de coraje al observador en Wall Street)

Y2K plus 1: Visto mi propio traste, concluyo que los dos elementos más abundantes en el universo son el hidrógeno y la inspiración, otras veces la manifestación de un accidente o el descuido, definitivamente el producto de la estupidez absoluta. “Yo solo sé que no sé nada...pues el que más sabe es el jamón Fud”. Sócrates al menos contó con Platón, aunque éste tampoco encontró solución alguna al problema metafísico. Finalmente, en su lecho de muerte, el filósofo postuló un vago paisaje sobre el cual todos miramos, como si al través del ojo de una cerradura, precisamente imágenes accidentales -sombras furtivas de los pocillos y ollas- en lugar de los originales, que son ideas inmutables que

están fuera de la realidad que nos rodea. Complicado ¿verdad? Platón decorosamente eliminó el capítulo relativo a la ebullición, pero el planteamiento del sofisma satisfizo a este pensador que exhaló su último aliento justo antes de referirse a la Atlántida y las consecuencias de dejar la llave del agua abierta: los despeñaderos hacia adentro de la desnudez. *Lunk art* dentro y fuera del tiempo, cuando literalmente me quito el suelo en el parado de manos. Y porque he roto la vara mágica de mis pases encantadores y eché al primer hervor el sobre de manzanilla, se ahuyentaron los espíritus paladeando lentos sorbitos de eternidad. Una vez pasado esto, la infusión del té cierra el ciclo....¡Eureka! es una palabra que significa en griego: ¡Sumérjanse, que esto va a explotar! Y, si continúas aquí, te encontrará el serendipity.

libro uno

CUADROS PARA UNA GEDAKENEXPERIMENT



PIEDRAS

Alquimia por encima de la muchedumbre.

Cerca de cien años de revolución industrial y la mitad de expropiación petrolera han arrojado a la región más transparente del mundo su flanco de alquitara. Lluvia ácida. Smog. Carbón y fragmentos de sulfuro modificados. Materia y energía. La combustión desencadena el desafío del dióxido de sulfuro bajo la atmósfera, donde un viejo juego de moléculas pasa a formar trióxido de sulfuro, que hidratado con vapor de agua termina por transformarse en ácido sulfúrico. Alquimia que curte la piedra volcánica. Pronóstico del tiempo para las próximas 24 horas: Partículas de hollín, partículas de asfalto y un millón de lágrimas contenidas en la evaporización. Hidrocarburos por consumir, óxidos de nitrógeno. Locura preguntada a la exposición de la radiación ultravioleta. *Ultraviolencia*. Reacción fotoquímica. *Sonrían a la cámara, por favor*. Hidrocarburos polinsaturados, ozono, dióxido de nitrógeno, aldehida del ácido fórmico, acetona, monóxido de carbón. Prodigios carcinógenos. Noches y días de inversión térmica, condensando la polvareda rica en limaduras metálicas, silicatos, fluoruros, resina, alquitrán, polen, moho y caca. Oh, catálisis. Laboratorio en miniatura del instante en que se estabilizan las descargas electroestáticas. Radioactividad. Radiador. Radicalismo, radiata. Finalmente, el derrumbe de la nata acaece y el aire contaminado va cubriendo edificios y cuerpos con orín, paranoia e infierno.

Sombrero postizo por encima de la muchedumbre.

Chal de luto, mal ajustado, redundante en piropos y estorboso la mayor de las veces. Cuarenta mil personas acuden a descubrirse la cabeza a la Catedral Metropolitana. La ley física enseña que dos cuerpos no pueden ocupar el mismo espacio simultáneamente, por ende los puesteros ambulantes olvidan que es necesario reservar un pasillo a las masas que

se concentran en Jueves Santo. Nubes de palomas por encima de la explanada. El excremento y la transmutación dan fruto sobre la arquitectura virreinal y las piedras empiezan a sangrar.

El arzobispo cruza la fachada. La arquidiócesis pone la medalla milagrosa adonde la barbilla. *Amén*. El arzobispo levanta ambos brazos y, por un momento, se convierte en un crucifijo humano. La gente rebosa alegría más allá del rezo. Inversión termal para bien o para mal. Su santidad percibe una sensación de gota en la mano izquierda. Una gota de sangre cae en la palma y le escurre lentamente por el antebrazo. Este se alarma por un instante: ¿Ha ocurrido mi señor en el lienzo de los estigmas?. La segunda gota cae y entonces se percata de que la sangre proviene de arriba.

Todos alzan la mirada.

Por encima de esta misa anómala de los ojos, de estrabismo con todo el peso que soportan las torres, se percibe un movimiento.

Durante un ajuste de cuatro siglos, aquellas lajas cubriendo la parroquia habían permanecido silenciosas, sólidas, indescifrables, fijas como corazas sin tregua. Ahora la roca comienza a desangrarse con el trabajo continuo de la lluvia y en la medida que sus ángeles esculpidos cobran vida.

El primero de los varios modelados en las paredes se estremece y abre los ojos lentamente. El color despierta maravillosamente en la estatua. Las alas truecan sus vetas por plumaje y se despliegan de golpe. Las manos se despegan del bloque y todo el cuerpo se endereza sobre la cornisa, bebe el aire del mediodía y enfría la luz con una sombra de capas arenosas. El resto de la hueste completa una formación conforme la materia es vencida, entonces se arrojan a la plaza y dan inicio a la masacre. La grey se dispersa, corre histérica sobre aceite derramado. Las inmensas uñas se incrustan en el primer cráneo y lo

arrebata en dirección al cielo, provocando que el desgarramiento de la víctima se produzca desde la base del occipital hasta las nalgas. Otro serafín sobrevuela los autos estacionados y aterriza junto al ojo derecho de una muchacha hincada en sobrecogimiento. El hipo de los cuatro elementos se cuartea ante la risa nerviosa. Parece que un apetito se crece en aquellos ojos como si la rapiña buscara las variantes de terror que ofrecen las gargantas. La muchacha ríe nerviosa y entonces el rostro le es totalmente devorado durante el cambio de guardia. El semáforo es salpicado con vísceras. Tres creaturas aladas coinciden sobre el toldo del metrobús y tomándolo por sorpresa hacen jirones del metal. Las ventanillas se opacan con baba sanguinolenta. Se ve a un hombre erguir entre las cárcavas de sangre e intentar huir, pero tropieza con sus intestinos. Otro ángel se abre paso entre las oscilaciones de hora luz y somete al sol, entonces su sombra es buscada como refugio y no acaba de arrancarse el prelado la camisa de fuerza. La acción toma al caído por el cuello y bate las alas, elevándolo por los aires cual si de algún titiritero apocalíptico se tratara. El hombre trata de respirar, aferrándose al brazo mineral con ambas manos, los ojos desorbitados. El signo de la cruz nos transporta a fetos perdidos y habla. Nuestro cristo es tomado de los ligamentos y separado del crucifijo. Los querubines desatan los alfileres que habrían de prender su corazón a las nubes y, posteriormente, esa veloz caída del *splendor formae* destroza el rosetón del techo que ya no cauterizará jamás. El daño interrumpe una plática entre los goliardos y, con tantas astillas, el estruendo va dejando otra corona de espinas. La carnicería continúa por horas.

La noche viene a encontrar una respuesta de antorchas en Zócalo Nacional, pero cualquier talismán resulta inofensivo sobre la trinchera contra estos seres. Nada les detiene. El tableteo de las ametralladoras de la Guardia Nacional ni siquiera repele la terquedad de las moscas detrás de la oreja. Ahora los bajorrelieves del Templo Mayor empiezan a cobrar

vida. El *Tzompantli* o el muro de cráneos que amplió las excavaciones al lado sur. Un majestuoso luzbel danza sobre la columna de las cenizas en el penúltimo desfile de aerolitos, vigilando una aventura que se traga todas las cosas del mundo

hasta el confín de un nuevo orden...

La prueba mercurial.

NINFA

Paola ocupa el asiento próximo a la ventanilla, los ojos cerrados, la respiración bilingüe, disfrutando una fantasía para aburrirse menos, cuando se percata del fisgón dentro de su mente.

Ella se imaginaba a sí misma como la mesera preferida dentro de un pequeño restaurante frecuentado en exclusiva por espigadas modelos, de las que son vistas repetidas veces en la dulce vegetación de los murales publicitarios. Ella vestía alguna diminuta minifalda en combinación con la pantaleta color humo en corte francés. En su fantasía, el busto siempre era más grande que en la vida real y este destacaba con ayuda de pinzas en la blusa de lino rematada con corbata de moño. En su fantasía, ambas pestañas se alineaban en el cabal juicio del maquillaje siamés.

Ella se encontraba sirviendo a dos chicas en cheongsam, una de ellas ciertamente euroasiática. Y la otra, la nada casual mulata de profundos ojos verdes. En la medida que se inclinaba sobre la mesa para colocar las bebidas, una mano subió por el muslo para acariciarle el trasero. Paola miró por encima del hombro y dispensó a la silueta que desde una mesa vecina estiraba la mano para deslizarla bajo su ropa. El jadeo se deja escapar con toda su alma.

El pasajero sentado de lado del pasillo volteó por encima de su periódico y, rápidamente, volvió a esconder la cabeza, buscando disimular el rebato ante la remota posibilidad de ser tomado por metiche. Paola sube la palma de la mano al cuello con descubierta fatiga en prestarle atención alguna. Para entonces, la silueta ha localizado un encaje de bellos sueños y lo frota.

En su fantasía, las dos modelos toman sus respectivas copas y las colocan a un lado del piso, una de ellas le retira la charola de sus manos sin brusquedad. Y la otra, con la nada casual sensualidad de las adormideras, la embriaga y recuesta. El borde de la mesa presiona sus muslos y la *formica* por completo empieza a presionar su mejilla. No hay sonidos alrededor aunque todos respiren pesadamente. La silueta vecina ha levantado la falda, dejando expuestas caderas y nalgas, y su larga uña continua explorando.

La euroasiática desata el elástico del moño, dejando al escote deslizar al frente la cadena colgada al cuello. El crucifijo rebota sobre la mesa sugiriendo amarrar el ancla para siempre. En su fantasía, la piel de los hombros carece de pecas, lunares y cicatrices de acné. Ahora la silueta identificada con una mujer rubia se halla en cuclillas detrás de Paola y sus manos valoran los hemisferios de su culo, desplegándolo a la vista, sujetándolo firme. La lengua va al contacto de la vagina con ansias húmedas y le obligan a pasar sangre y saliva por la garganta como se succiona la granada dulce del placer. Las modelos intercambian palabras que ella no logra entender, en tanto despajan su cabello y besan cuello y espalda. Paola muerde sus labios en una pausa.

Y entonces se percata de que otra persona husmea a distancia.

Paola descubre un par de ojos agitados como el juego de rojas banderas cambiantes en la niebla. La clase de acuciosidad de quién se halla mirando por largas horas un mismo punto, la clase de estudio de quién pasa y se detiene ante una vitrina. Son ojos de hombre. Paola no tenía modo de asegurarlo, pero lo sabía. Un vigilante jugando el juego del *voyeur* mediante su cuerpo a merced de tres gráciles plumas esparciendo caricias hasta la demencia. Paola se sacude, pero en esta ocasión el estremecimiento no corresponde al clímax que toda fantasía conlleva. Lo que experimentaba era el temblor de la carne que se siente observada. Gritó.

-¡Vete!

El hombre del periódico da un brinco y se levanta del asiento. El resto de los pasajeros voltea con los ojos fuera del tramo de la curva, los rostros válidos de un boleto y la velocidad de las ruedas. El hombre, sin recobrase del susto todavía, permanece de pie en el corredor y Paola se excusa para dirigirse al baño. En cierto modo, el camión viaja tenso mientras pasa las filas de asientos con su mirada, pero sabe que entre esta gente, uno de esos hombres se entrometió en su fantasía, observándolo todo. El altavoz del chofer disiente del histrión:

-¿Todo está bien por allá atrás?

La boca de Paola está seca. Ciertamente el rótulo de *No fumar* le anula dos bocanadas.

-Me mareé un poco... -dice.

-¿Qué dijo? -insiste el intercomunicador.

La pintoresca señora del asiento 18, replica con el *cucurucho* de sus manos en alto.

-¡Hijo, ella esta mareada, yo estoy mareada, nosotros estamos mareados... tú mejor ya no preguntes y maneja con más cuidado!

Las sonrisas se vuelven de hueso. Los viajeros se vuelven a reacomodar en los respaldos de su rumbo común y entrelazan los dedos. El hombre dobla en cuatro su periódico y lo protege bajo el brazo antes de calificar en silencio a la gente y retoma su lugar. La orden del altavoz, para despejar la ruta hacia las salidas de emergencia, nuevamente echa a volar. Paola observa al conductor y únicamente alcanza a notar la nuca contra los ojos subyacentes del enorme espejo retrovisor. Ahora parece sentir aquella cara como una solución al antifaz. El fisgón retrocede a la esquina desierta de la memoria y la vuelve a sorprender en el mismo ojo en la cerradura obturada. La nueva invasión a la

intimidad quema el carbón interno y se remonta al departamento robado. Paola no pide cuentas del *¿por qué?* y *¿para qué?* de las pertenencias sustraídas, sino que le aterra la idea de que alguien hubiera visto su departamento en la ausencia, paseado por las habitaciones de su vida privada, esculcando cajones y revisando gabinetes, ensuciando los muebles con la mirada hasta el colmo de cagarse en el inodoro. El sitio había sido profanado. Sombras invertebradas y olores ajenos anidaban en los rincones a partir de ese momento y, difícilmente, volvería a pasearse desnuda allí.

Tanto se acongojó que hubo de solicitar servicios de mudanza a los tres días.

Ahora ahí se encontraban los ojos de nueva cuenta. Custodiando la marcha nupcial.

Paola sonrío al conductor y le solicita la llave del baño.

-¿Ya se siente mejor? -pregunta el chofer.

Ella asienta con la cabeza y enseguida se encamina dando tumbos hasta la parte trasera del autobús. La letrina abierta se convierte en pastilla perfumada pero Paola vomita, martilla y grita con el badajo de asco, luego lleva la oreja a la campana de la cerámica para percibir sus vibraciones de frescura. Ahí desearía permanecer desodorizada y sujeta de

la fantasía acuática.

La fantasía cerámica.

La fantasía pastoral.

Dolor de ninfa. La orquesta

substituye al centauro con el pastor alemán. Ella se pone a gatas. El perro espera. Ella mira por debajo del arco de sus piernas y estira la mano para descubrirse. Acordes de la viola líquida. Dispuesta la temperatura de su obertura, se humedece los dedos y gatea hasta el perro para dárselos a oler. Vuelve a girar y entonces el animal la monta con velocidad. El figón observa, pero esos ladridos espantan su libido. Ella celebra

la fantasía pútrida

La fantasía cerúlea

De pronto, siente el cerebro embotellado, sucio, hinchado con natatorios en formol mientras los galenos se recrean con el placer de masturbarse con las vísceras de su cadáver. Practican incisiones aquí y allá para innovar, uno por uno, los centímetros de nuevas cópulas, en tanto los nueve orificios naturales han sido suturados. El escodegino está diseñado para los ojos múltiples que brillan dentro de los sarcófagos vitrolados del laboratorio de tanta carne bien cortada. Solo se trata del perverso gusto de querer haber oído música comiendo jamón.

Placer de ninfa.

Capricho sin riendas.

Sin duda alguna, nunca podría sentirse más inerme de lo que podría haber estado con sus cuerpos imaginarios. El resto del viaje habría de pasarlo en la silla mediúmnica de mil confesiones. Desnuda en una herida que ha querido cubrir con el falso algodón de los cirros. Llegado el punto del destino, ella es la última en bajar a la estación. Insegura de ganar la derrota de un dios cuzco, tallado en hielo, en el que cualquiera que cabe dentro de una caja de cartón, convierte en cámara oscura.

Ella había conservado las alucinadas luces como el daguerrotipo, aunque no estaba segura de continuar siendo Paola. Este camión no tiene tierras prometidas, pero un pasajero todavía queda con la expresión familiar del sombrero que saluda a todos los ciegos que encuentra, no es otra cosa sino el juego de los remotos.

Este, como Paola, deambula entre gentes y fantasmas.

La diferencia es únicamente

LOTTO

El rey del Tibet se hallaba gozando a un gordo albino.

¡Oh loto gemelo de los glúteos!.

Gran lama de los parques rodeados de mariposas negras como almas y agudos puñales que practican los matadores. La sarna de Job y el dolor de lumbago vencido por el vencedor, que periódicamente, en tanto bombeaba el corazón arrodillado y manso y gravitando de la gruesa cadena de oro de un reloj de ferrocarrilero, dirigía la boca espumosa a las vetas de luz donde juega el polvo de películas viejas. El hombre incoloro era una bola de sebo viajando la posición económica de un periódico que se había vuelto enorme base en el suelo. Vicioso que jadeaba con trance insatisfecho, poniendo su mejor esfuerzo y plena consciencia de jamás alcanzar el clímax. Moneda en un volado para rescatar su cara o cruz o canto. El rey del Tibet tuvo una corazonada.

-¿Me la jugaré con 11o 41? –se preguntó y jamás se hizo audible.

Once, habrá querido decir, *wuns* en el bostezo de un impropio inglés, de *Una Vez o En otro tiempo* que el rey del Tibet era un soldado del sarampión y como hijo único se le acercó este hombre con sus puños de justicia callejera, quien funcionó como el obrero de su paternidad por corto tiempo, para abandonarlo con la luna, la mujer que igualmente sirvió como su chingada madre.

-Tú puedes ser lo que tú quieras proponerte, Albertico. Es el *mero mero* quién asusta al guardián entre el centenar, ¿entiendes, chamaco...entre el centenar?. Sea que te llames Sai Baba, Dalai Lama o Café Tacuba. ¡No hay tos, hijo!, tener la barriga inflada de hambre o estar prieto tampoco guarda la menor importancia. Sal a la calle y sé el *mero mero*. No se vale joder por joder sin cobrarse una jodida cháchara.

Ipsa facto el rey del Tibet cesa de ser común y entra a oficiar en altares del vilipendio: cerdos albinos y perfume *pachouli*. Nómada, había traspasado horizontes perdidos al menor chasquido de dedos. Exquisito, debió malgastar el primer día de las calpas disfrazado de luciérnaga y había sido tratado igualmente superficial. Sedentario, había purgado condena por asalto. Ay, ¿quién oyó el disparo?

-Me tengo que ir -le dijo al gordo.

-Espera un poco, un poquito más, para llevarte mi felicidad....

Y se quedó.

Una fruta devuelta a la cesta.

La corcholata de agua pesada para la planta nuclear al pie de la puerta.

Los resortes musculares y vencidos para el cansado trabajo del amor. Se quedó y sufrió.

Finalmente, es tumbado a un lado y el rey del Tibet tose siete veces para mover el aire, pero ni con eso alcanza la dignidad. Permanece inmóvil en la regadera por 40 minutos. Su dispersión magnética acaece de inmediato para terminar de deshuesarlo y meterlo en la lavadora. Ambos protagonistas se habían registrado como Pierre y Marja Sklodowska Curie y, por primera vez en ese motel, fue incapaz de alcanzar el *satori*. Aunque lo tomó solo un momento secarse las cenizas con la toalla, las pompas y la circunstancia ya no estaban allí.

Coloca la ventana sobre la ciudad y nada.

Con la carcajada soplando ligeramente sobre las flores huye la tarde y, para perderla más, el rey del Tibet había sido invitado a una fiesta. De la metempsicosis a la gala a la etiqueta a la vuelta a la moda a la víbora víbora de la mar. Y tal vez asistió porque las probabilidades nuevamente estaban en contra suya. Pagó 10 pesos en la entrada y una mujer con el busto removido tomó el dinero. La bienvenida la daba un homosexual con otra

extrema debilidad por los gordos, quien debió ser arrestado en dos ocasiones previas por tratar de fornicar con un globo. Esto, aún sobre la mesa de los espíritus, era visto de mal gusto, tan *grueso* que, incapaz de hallar las parejas sexuales que su patología demandaba, había metido en la alcancía tal perversión y ya se rumoraba que la mera mención de la historia de “O” le provocaba una erección notable.

Prefirió voltear a conversar con la chica que removi6 su ojo de cristal para depositarlo en su copa y no sin antes discutir los imperativos del leer cualquier papel carb6n al rev6s, entonces lo chupaba y lo volvía a escupir en la bebida.

-Ese homosexual...-señalaba al primer plano -es obvio su apetito por sus semejantes, ¡Y debe ser justo, pues el alimento más adecuado para cada animal es su igual!.

-Nel, ni me mires así, yo paso.. -contestaba el rey.

-¡Quiero que sepas que la carne humana es exquisita y muy nutritiva!. Y es lógico, afinidades celulares, asimilación perfecta.

-¿Hablas en serio?

-Claro, yo he comido mucha carne humana y es excelente, pero estas convenciones sociales y religiosas toman los ceros después del punto y nos impiden comernos los unos a los otros.

-Amiga, me temo que tu punto de vista es el del comedor y no del comido. Yo opto por el vegetarianismo...

-Como quieras, guapo, pero medita esta particular higiene para un mundo sobrepoblado.

-Ándele, pues, yo ya tengo mi olfato particularmente desarrollado.

El piensa en algo y se trepa al péndulo del tedio a la derecha. El cuarto es grande y ventilado, maderas cubriendo paredes y dominando el piso. Luciendo caro. El rey se

preguntaba si su dinero habría sido remuneratorio. Obstinado en impedir que su estatua se coloque en el mismo sitio que ocupa, inicia entonces un espacio nuevo. Hay alevosía en la atmósfera pues nadie sabe vestir su rostro con el suyo, pero los *chakras* cambian. Perdido en ambas direcciones, el rey lleva una larga bocanada de *conpermisos* al baño. Y bueno, es así...¡Siempre el gigantesco tubo violeta nos incita a cambiar nuestra suerte en el lavabo!

-Albertico, ¿Por qué me haces tan cansada esa búsqueda por tí? -exclama una voz proveniente del closet de la letrina.

El rey cierra el lavanda reconstituido y con su peine en ristre, se encamina a abrir la portezuela. En el interior y en una inmovilidad fingida de gurú se halla Sidarta, el albino.

-¡No puedo creer que prefieras la compañía de esos pervertidos! ¡Yo esperándote aquí todo el tiempo! -regaña y agita el enorme peso de su *padmasana*.

-¿Quién eres tú? -pregunta el rey.

-Creí que nunca lo preguntarías, ¡Soy tu pareja perfecta!

-¡Chale!

-¿No me crees? ¡Consideremos un sorteo...piensa un número y ése será tu último nacimiento!

El rey confesó su número y entonces dio inicio el óctuple sendero hacia el hotel: el correcto idioma, la indicada conducta, el ideal alimento, el preciso esfuerzo, la esmerada atención, la cabal concentración, la vista exacta y las buenas intenciones. Nadie lo sabe pero, rasgada la envoltura del preservativo, reveló otro sobre en su interior. El gordo Sida quedaría fascinado con tal empaque. Dicho envoltorio, al abrirlo, contiene otro sobre más y más...y así, sucesivamente, un cuarto, quinto y otros, hasta que ambos pierden la cuenta de las envolturas y su viaje termina cuando ya no logran distinguir el ansiado condón dentro

de la brizna de paquete que guardaba todavía una larga cadena. Una tristeza embarga al rey por no poder alcanzar tal enigma inocuo.

Se quedó y sufrió, sí. Asumiendo el caos.

Perros en *brahma* gruñen desde el lote y el rey nota otro entreacto de cortesía.

Un hombre se arrodilló ante un Volkswagen y lo acarició. Albertico sabía que eso era *buda*. No podía moverse, solo observar. Entonces se comieron el carro.

El hombre acercó su boca al cofre y arrancó un pedazo. Sangre y saliva escurrían de la boca. Engulló el metal y volvió a morder. Otro hombre hincaba el diente a la ventanilla izquierda. Nueva gente acude y lava sus manos con escupitajo, mientras el primer invitado se relamía y masticaba las ruedas.

Pieza por pieza, el auto fue objeto de rapiña y algo de hurto. El rey exclamó, entrecerrados los ojos:

-¡Tenía que ser...pinches placas de mal agujero!

MALICIA EN EL PAIS DE LAS ARAVILLAS

-Yo les juro que mi arava se mantiene vibrando largo tiempo después de acabada la cuerda-
dijo Alicia -pero me mancha el piso largo igual que los escaques blancos y negros...¡Por lo
qué enseguida corro a desactivar el timbre del verano! ¡Ah, pero un día de estos no voy a
estar en casa para evitarme un penoso accidente!

Carol mueve la cabeza, creyendo haber hecho la peor majadería.

-Pues mi arava gusta de trajinar los metales del aire y me hace un banquete de rosas
rojas sobre el centro de mesa...aunque a los dos minutos requiera del repuesto. Otras veces
se detiene con voluntad de estómago de ochenta kilos, excepto por los meses encogiendo su
oreja ávida hasta alcanzar la dieta del trabalenguas. Generalmente, opera bien, sin
embargo...¡No tengo más remedio que propinar tremendo jalón para sacar de raíz tal bulbo
antes de sentir el horror del instructivo!

Yo me encogí de hombros. No tenía caso que admitiera que mi aravilla brutalmente
dejó de funcionar cuando exprimía la anestesia del dolor. Aparte de perder la póliza de
garantía durante el duelo de mi diploma enterrado. De cualquier modo, mi esposo hubiera
llegado de un momento a otro con el manajo de nervios y sugiriendo atender la consabida
recomendación de expurgar la letra menuda de los contratos: *“La Empresa no se hace
responsable por los cercos de voltaje en sus unidades distintos a la tabla del instructivo.
Para cualquier aclaración llamar a la estación polar Tango Zebra Cuatro en horas
hábiles. Etc.”*

-No me salió tan bueno como lo presenta el anuncio -resumí.

-Siempre nos pasa lo mismo a los consumidores -comentó acremente Carol -ellos
nos venden una ganga que llega a funcionar hasta una semana...y al día siguiente lo

encuentras desarmado por cualquier rincón, con toda esa vara de humo apagando su brillo cual si cadáver!

-Debe tratarse de un simple defecto de fabricación -juzgó Alicia, debido a los músculos agotados de pelear con el gigante a diario -¡Y esto se torna curiosamente razonable porque la máquina debió haber sido construida por otra máquina!

-¡Claro que sí, todo está bien planeado! -interviene Carol -¡El evangelio en las miles de aravas creadas a imagen y semejanza de sus refacciones legítimas!

-¡Pues yo no me voy a quedar callada esta vez! -grita Alicia

-Así se habla, amiga -apoya Carol

Yo tomé la cerilla más corta y decidí apartarme de la causa. El taxi me envuelve y toma dirección a las oficinas centrales de “*Hogar, S.A.*”. Allí, la mano cierra la boca porque fuertes barricadas de una punta a otra protegían a la enorme fábrica contra de miles de amas de casa insatisfechas, clamando por justicia al unísono. Miles de señoras portando una aravilla en la mano y sacudiéndola sobre sus cabezas.

El problema buscaba con fiero imán al noble guardián de la serena imparcialidad, maestro en liderazgo sindical. Jovenzuelo ejecutivo del íntimo espacio climatizado que asoma las narices ante la rechifla:

-¡No más chatarra!

-¡Nuevos aparatos de precisión!

La puerta se abre y el empleado de quinto nivel de *Hogar, S.A.* sale a la muchedumbre con sonrisa de alambre, siempre con el estado del tiempo del mismo lado al de Caín, y se le ve temblar. *Ellos* suelen designar a estos empleados para cocerse tragando hombres.

-¡Por favor, sean razonables! ¡Dispérsense! – dice.

-¡Calidad! -era la respuesta que perforaban los cuatro vientos.

El pobrediable vuelve a alegar que estamos quebrantando la ley, pero los granaderos no dan cuartel y titubean...después de todo, muchos de estos poseían una arava en casa también.

-¡Calidad! -grité con todas.

Otra portavoz sale del edificio en apoyo a su compañero y anuncia:

-¡De acuerdo, haremos un reajuste gratuito a sus unidades!

-¡Nada de ajustes! ¡No! -dice el reclamo popular. Yo me preguntaba: “¿Seremos lo suficientemente vengativas o una tentativa? Bueno, mi abuela repetía que el buen golpe se propina con los periódicos.”

-¡Nada de ajustes! -consiente el empleado -¡Se les reembolsará el importe de cada unidad adquirida!

Vitoreamos la decisión.

-¡Con la única condición de aplicar dicho crédito a la adquisición de un humano! -interviene su colega.

Volvimos a festejar. Al fin y al cabo, todas ya teníamos planeada la compra atenta al calendario de un humano. Mucho se rumoraba que estos modelos se encontraban en producción hacía muchos años, listos para alcanzar el mercado...pero fueron acaparados, por lo visto, con el propósito de manipular una mayor demanda.

-¡Un humano por huésped, por favor! -ordenaron las bocinas sobre la puerta principal, de suprema exaltación industrial que explican las fachadas, su versión del festival mezclando *jingles* en una fábula mexicana y flamenca.

Pero la multitud usurpó los decibeles...¡Tan grande era la ovación ahora!

Aquí en el Valle, no busco épicas que resanan el futuro, simplemente no quiero esperar más a conseguir el humano que me corresponde: blanco o negro, quizás amarillo, verde, nadie sabe, pero ya funcionará cansado, herido, maltrecho de tanto trabajo, como se muestran los viejos carajos del agua caliente. No te engañes, póliza, breve es el Lunes para ser tan sólo uno de los días de la semana y te diría que asegures las correas. De todos modos, voy a echar de menos a mi arava...de todos modos. Y de todos modos, Alicia duda que el humano sea del todo infalible.

-Uno no puede fiarse de estas empresas. *Ellos* son muy listos ¿saben?

-¿A qué te refieres? -pregunto.

-A lo que me refiero es que cuando se descomponga la primera generación, ya *ellos* habrán hecho arreglos para que parezca que fue nuestra culpa...Si no me creen, ¡esperen y lo verán!

Carol y yo nos molestamos por el pesimismo de Alicia. Hemos resuelto encogerla si no se calla. A fin de cuentas, si uno no puede confiar en un humano, entonces...¿En qué?

AL FILO DEL IMSOMNIO

El pasajero cerró los ojos y tomó con firmeza en ambas manos la barra tubular contra su regazo. El convoy emprendía el desfile mecánico cuesta arriba, sobre la montaña artificial con vigas de hierro en una fuga que no se le ve fin y crujen al pasar las bandadas de palomas que bajan, suben, se esconden lejos del parque de diversiones visto por la turba en picada sobre la atmósfera del largo suspiro. A cada palmo de lento ascenso, el riel chasqueaba envuelto en desamparo. Por paulatinas sacudidas ascendía el ritmo de los corazones y al pesado arrastre de la cadena de tracción se abre un cielo en la noche inclinada. Quieto el ruido siniestro de las ruedas metálicas sobre la cima de la primera loma, este sujeto en el centro de la gravedad contuvo la respiración.

Alguien rió nerviosamente a su espalda.

Guillermo, al frente de la fila, no pudo resistir la tentación de espiar entre las rendijas de sus dedos y tocar a tientas el vacío. La montaña rusa se alzaba, en soportes tachonados por cientos de bombillas desnudas, por encima del crecimiento de los árboles donde, en la extraña sorpresa de otro everest, empieza una arriesgada ruta hasta el siguiente pináculo que derrama diamantes sobre una playa limpia de Venus.

Guillermo instintivamente volvió a juntar las manos al atraparlo la súbita desgravitación. Alguien maldijo en el carro de atrás. A veces resulta increíble todo el campo visual que es posible dominar por el rabillo del ojo. El peligro es taladrante, peligroso detenerse a medio camino, peligroso mirar atrás, peligroso cerrar los ojos. Guillermo abrió la boca y gritó largamente.

La etapa del despegue había concluido...

“¡Oye, Guillermo, la peor parte ya pasó!”. Guillermo abrió los ojos para distinguir muy borrosamente a Rogelio, quien le extendía una copa de vino.

El sonido del DC-10 era un suave murmullo. Guillermo, como es costumbre, bostezó para ajustarse al cambio de presión dentro de cabina. Tomó la copa ofrecida y moduló el flujo de aire en el panel sobre su cabeza. El aeropuerto internacional se acababa de perder bajo las nubes...y ellos seguían subiendo, definitivamente.

-¡Que bueno que hiciste este viaje con nosotros!- dijo Rogelio a nombre del resto del grupo -¡Es formidable tener al equipo de *Vuelta* como en los viejos tiempos!

Guillermo sonrió para asentir. Otros tres hombres sentados junto al interlocutor elevaron sus copas y brindaron. Guillermo jugueteaba con un fascículo enrollado de la revista y haciendo un ademán con el mismo, devolvió el cumplido. Con laitud total volvió a cerrar los ojos.

En el borde del cielo, era mejor cerrar los ojos y recordarse siempre temeroso de las alturas, o dejarlos abiertos ante trece peldaños en el primer año de vida y la andadera, apretándola con amor, da grandes bandazos por la bajada del susto como un lento rayo.

-¡La revista está lista para recibir el premio nacional de periodismo!- sentenció Rogelio.

Guillermo abrió los ojos y volvió a sonreír. Sin contarse el mismo, había cuatro excelentes artistas en el avión: espontáneos, humanitarios, elegantes y volátiles. El quinto necesitaba encontrar su inspiración como un meridiano va en pos de la estrella polar...y sospechaba que ahora debiera de encontrarse muy cerca de ella; 400 metros de altura y elevándose todavía.

Guillermo, al filo del insomnio, imagino ser dueño de muchas identidades exactas y fortuitas que suben el nivel de vacío en su termómetro como lo place el escenario de un

edificio de 42 pisos, situando sus asomos en el mirador de la torre y cuyo elevador te lleva a las bóvedas de la bella durmiente, un funicular exhibiendo las paredes y el piso de cristal. En el largo tiro, los pisos inferiores pueden verse marcados en la escala de centígrados dejada por el mercurio y, haciendo un poco soportable ese pozo para no tirarte de cabeza, se crea la ilusión de un infinito tubo capilar de vidrio que te engulle hasta el hipogeo.

Guillermo tira como sogas la extrema cuerda vocal y bien pudo estarse balanceando obediente al instinto de sus sentidos de otro modo, pendiendo cabeza abajo de la punta de una estrella. O sin explicación alguna sentir la cuerda romperse al igual que el cable del ascensor, separarse. Otra vez caía. Inútilmente buscó de donde asirse. En cuclillas pudo ver y sentir las luces pasarlo de largo, así como el solado ya agredible a unos pocos metros: una estampilla de correo que empezó a crecer hasta convertirse en el cuadro que seguiría creciendo ante sus ojos a medida que la cápsula de aire se precipitaba por el túnel. El pasajero supo que tenía sólo tres minutos antes de observar esa figura geométrica tomar la medida enorme y despedarlo completamente. Tres minutos es la duración respetable de la lectura de una temperatura. Guillermo gritó y el conducto veloz terminó de rebasarlo. Tres minutos cumplidos y la sombra del piso alcanzó su proporción real. Uno de los pasajeros colocó su copa en la mesilla portátil y el ruido le hace recobrar el conocimiento. “Los objetos en caída libre -pensó- ante cualquier campo gravitatorio, persiguen reglas matemáticas muy precisas; No podría decirse lo mismo de la caída de los ángeles rebeldes, de las luces de bengala, de los clavos y rosas que oscilan en un fatal lapso del cual no debían haber salido nunca, etcétera”. Otra voz de mando de tres minutos. “*Damas y caballeros, les habla el capitán desde cabina, etcétera, sí*”. Guillermo volteó a la ventanilla y sospechó que su nueva altitud sería de 500 metros y elevándose todavía.

Algunos vuelos ofrecen proyectar películas en sus itinerarios, mientras otros simplemente dejan sus iniciales en el cielo. Viene a su recuerdo el instante fílmico de grandes ventajas que mostraba a un joven que se suicidaba del *bungee* sin un freno, pues adora sus cabellos. Él piensa que no importa caer eternamente si se logra escapar. Un rápido corte de edición pone el cuerpo en el paracaídas perdido de la gravedad, el espacio completamente sumido a causa del peso muerto de una persona dormida; la cara del muchacho hundido en la fuga de viento sideral como en un mullido colchón...aunque ya no habría más sueños para éste.

Guillermo tiende la mano a los minutos que se lanzan con turnos sucesivos del trapecio de su reloj. Tres minutos, el período de duración de la etapa **REM**, constituye una buena medida de tiempo: ni tan largo para armar un fósil, ni tan corto para las lentísimas agitaciones del gozo.

(650 metros sobre el nivel del mar y elevándose todavía)

-Carajo, Guillermo, ¿estás con nosotros o qué?

-Algo me cayó mal...

-Sí...sí...es demasiado el vuelo de las anfetaminas en tí, lo sé. ¿Cierto o no?; Dime sinceramente, ¿Cuánto puedes evadirlo sin volver a caer en arenas movedizas? ¿Un minuto? ¿Dos? ¿Tres minutos?...amigo, todo lo que sube tiene que bajar. ¡Has sentado tu vida en la feria más veloz del *desideratum* y puedes perder el control!

Guillermo, faltarle de orden, negó con la cabeza, sujetó la revista con fuerza y cerró los ojos. Sintió la presión del arnés tubular comprimiendo su estómago, la terrible velocidad generada en el último recodo y el retardo de su cabeza persiguiendo una inclinación de 360° sobre el centro de gravedad de aquella vía, anticipando el clímax y la nada más allá de ese punto. Cree oír las bocinas de control: “*En caso de pérdida en la*

presión interior de cabina, las máscaras de oxígeno descenderán automáticamente del techo. Por favor, ajústenlas firmemente contra su nariz y boca para hablar de la llegada del bostezo al ciento por ciento, bla, bla”. A la advertencia le siguió el áspero roce de los vagones entrando con fuerza centrífuga en la armazón de hierro y buscando completar la vuelta entre gritos y lágrimas...pero, desafortunado accidente, todos salían disparados lejos de la plegaria, de la vida. Guillermo abrió los ojos.

La caída fue violenta. Un testigo dijo que se precipitaron del cielo como un pájaro herido; En el interior de la cabina, los objetos tales como maletas, cojines, cuerpos que nunca ajustaron su cinturón salvavidas y una revista deshojada por las garras del aire, flotaban y chocaban entre sí. Afuera, la inmóvil sombra del avión se alargaba sobre la tierra elemental, antes de que la borrara el impacto.

Tres minutos de subida

Tres minutos de caída...y siempre es demasiado tarde o demasiado temprano para volver a amar la imagen del asesino inventada desde la época del cine mudo.

Tres minutos. Fase **REM**. Tiempo suficiente para pensar en muchas cosas y suponer, sólo suponer, que después de un día al filo del insomnio, los párpados se permitirán caer pesados para una ligera siesta, sin sueño alguno ni recuerdos de supervivencias. Amén.

Rogelio cerró los ojos otra vez.

EL OCASO DEL GUERRERO

Atari pegó la espalda contra la pared.

Con brazos extendidos en ropa de trabajo cubre la piedra a tientas. Un indicativo de que la pared se curva. Es menester que la pared haga curva.

Los dedos escudriñan cualquier trampa que se incline sobre sí misma y cumpla el recodo, para hacer posible dar un rodeo a la bruma y la carroña que le son periódicas.

¿Dará este foso con una ulterior dimensión o la salida?.

El minotauro sigue de cerca sus pasos, hiriendo el pasillo terracota con fieras zancadas y olfateando, casi infligiendo su aliento en el rostro de Atari. Este parpadea con repulsa ante los ojos de la criatura tan rojos como el suelo de su coceadura. La enorme cabeza de toro, el atlético cuerpo de aire y agua cubre su grito. El minotauro distensiona el abdomen y brama, explotando con un sonido de arrebatado casi humano pero inevitablemente reducido a gruñido bestial. El conteo del reloj se detiene. Pausa. La tregua pudo haber sido en cualquier sitio, pero de algún modo, por algún inexplicable *continuum*, Atari, un hombre sin particular talento, no regresa de allí adentro porque no es fácil que los laberintos se desprendan de algo que necesitan y porque la solución universal para todo juego de galería consiste en hacer trampa durante la prueba.

La mayor prueba de resistencia es entregarse al dios equivocado.

Estos dédalos de la tablilla de silicón son el complot de mentes en otro plano de existencia para medir un cese al fuego entre los humanos. O sea, cabezas de playa destinadas al día que, alevosamente, su civilización atraviese cierta barrera ideal para conquistar este planeta. La misión inmediata, una vez arrancados los vectores de supervivencia, será tomar el registro de iniciales escrito en toda orden de juego, y que

corresponde a aquellos jugadores que han acumulado mayores puntos en el campo de batalla. Esta será la pista para identificar a los terrícolas más peligrosos y que deben ser eliminados antes de la invasión.

Ahora Atari hace un desplazamiento lateral. El impacto de aquella enorme mano encontrando la pared le sacude los cabellos. Un boquete queda al descubierto, su oportunidad de huir. La trampa infalible. Detrás suyo quedará la bocaza de tan extraño sitio y una luminosa cascada de motas ingravidas, hasta abruptamente desaparecer en el fasto de un negro absoluto.

Infierno de ignorancia. Hades de negación.

El se hallaba de nueva cuenta en el salón de juegos. ¿Habría requerido otro par de minutos para terminar atrapado por el minotauro?

Un dios sin adeptos.

Nuevos ritos para un mundo escéptico. Y sea que el indiferente se exponga a ser lapidado. Un dios de otro color lo releva del cansancio y lo nombra con su espada el guardián del hombre. Por un instante Atari era todos los hombres que han olvidado a sus deidades. A quién el mundo autorizó para anunciarles que han quedado solos y prohibidos a cruzar palabra con nadie. Debido a esto, hubo que encarar a uno de los dioses perdidos. Un dios que juró venganza contra la raza que los desterró del mundo real. Por un rato permaneció quieto, bañado por la luz del cuadrante y cansado y triste y cegado por la sucesión de dígitos que no podía creer... y vacío. Luego, en tonos intensos, la eternidad pasó de largo sin perturbarle.

En el cuartel vecino, creyó haber oído el corno de Odín, vibrando por encima de este suelo castigado de basura y los zapatos tenis...pero no podría asegurarlo. En otro, supuso ver a un hombre barbado dándole la espalda y pensó en Quetzalcoalt, entonces la

máquina se tragó la moneda y éste se alejó a la obscuridad sin ni siquiera voltear a verle en ningún instante. En el juego del rincón ya se entretenía Serapis, aunque también podía haber pasado por una alucinación.

¿Quién podría asegurarlo?

En la tierra del anonimato, daba por llamarse a sí mismo Atari y no resultaba un nombre más importante que Apolo o Vishnu o Baal, por cuanto damos a olvidar la imagen de un nombre reducido a cenizas, acabamos divagando sobre la ceniza misma. Y si los dioses no pueden ser invocados, no obstante el largo catálogo del politeísmo, ¿Cómo puede un hombre cuyo nombre es desconocido ser elogiado?

Para él, su dios había sido Pac-man, aunque jamás le dio la oportunidad para creer en él. Tampoco quedó prevenido de los acuerdos silenciosos entre ángeles, por ende no sobraron devotos para un gurú llamado Atari como no los habría más para Cthulhu o Tlaloc o Mummu.

Muy entrada esa noche, Atari habría de percatarse que siempre, por siempre, viviría en este terrible convento donde los dioses obsoletos tienden a morir. Dioses con don de aplomo para dejar de serlos.

Por cuanto él ya no creía en ningún dios...

Ningún dios creería en él.

VALSES NOBLES ET IMBECILES

I. Promenade

-Con permiso...

La música *en crescendo* no deja distinguir la diminuta vocecilla al fondo.

-¿Me permite? Disculpe. Gracias. Con permiso. Perdone...

Uno a uno, los músicos de la gran orquesta interrumpen su interpretación y observan con perplejidad al cobrador que se abre paso con la cartera por delante.

-Mil disculpas. Gracias. ¿Me permite pasar? Perdón.

Antojándose truncado el *intermezzo*, toda esta música nos parece todavía más espesa cuando uno se halla de pie frente a una enorme confusión de instrumentos. Con ligero vértigo acústico y antes de continuar dándole más vueltas al asunto, nuestro hombre del maletín portafolios se vuelve hacia el Maestro sobre el *podium* reclamando su auxilio.

-¿Podría detenerlos un momento?

El hombre de la batuta en suspenso, encogiéndose de hombros, desmaya hacia un lado la partitura gastada y nuevo viento vibrante pasa por encima del intruso boquiabierto.

-¡Alto! ¡Alto, por favor!- exige este último, con el color de su garganta en pesadilla.

Campanilla

interior y exterior. Las puertas corredizas se abren sobre el 10o. piso y, librando la zancadilla de algún atril al paso, el agente salta al piso, ajustándose sombrero y corbata. El silencio, casi inútil, de otra sala de recepción vuelve a cerrarse en la pared lisa de nueva cuenta. Clausurado.

-¡Cómo odio la música dentro de los elevadores!

II. Assez animé.

En la catedral del espacio gutural: las migraciones explosivas de los pájaros, los tañidos de una plegaria dando las amonestaciones al día, los fantasmas que entonan el coro de grandes himnos y el lampadario que gotea luz bajo las enormes naves que amplifican las pisadas. Lejos, los pescadores en el retorno de sus barcas hacen la pesquisa y escuchan atentos como si nunca hubieran tenido la facultad de oír antes. Y todo les resulta claro por vez primera: Tempestades y remolinos, truenos y mar. Tsunamis y labios de agua alcanzan a Dios durante el *Djam karet* o “la hora que se dilata”. Por cuanto ya nadie es ese homero sino la división de sumas menos la resta de las multiplicaciones de un fallido sueño, aunque continúan los servicios del faro bajo la bóveda del paladar y su cantinela hacia la tierra prometida. Aún ahora, aún en la hora que se dilata, el viento se recoge en silencio y aguarda la razia de los profundos para no ser olvidado. ¿Te encuentras escuchando o prefieres hallarte perdido, en medio del mar, para siempre?

III. Assez lent

El hombrecillo se sentó al resguardo en una estructura construida aproximadamente unos 2,500 años a su época, tan acústicamente perfecta que cada palabra dicha desde el escenario puede ser escuchada con claridad en cualquiera de los 13,000 asientos de piedra, por lo que no haya mayor problema en brindar atención al niño ubicado al nivel del redondel, cuyo murmullo está muy cerca de su cráneo y le acaba de recitar a Rilke y silbar una Obertura de Schumman. El hombrecillo miró por encima de su peine que le acaricia la cabeza hasta el extremo doloroso de hacer soportable la calvicie y que cubre con un sombrero antes de que

el tenue infrarrojo pase reconociendo su inequívoca geografía desde el fortuito satélite sobrevolando la cúpula. El niño sonríe y le secuestra una última atención con su caravaneo anaranjado y triste. El hombre agita un pañuelo y se suena la nariz. Terminan por hacerse amigos a la distancia. Era la primera vez, desde que los perros desarrollaron la habilidad para hablar en alemán, francés, inglés, mandarín, urdu y esperanto, que alguien tenía un gesto amable para el chico. En los años por venir irán a tutearse en los seminarios de ropa interior y convenientemente refrescada una advertencia: “¡No trates de hallar la aguja para zurcir el costal de los vientos!”. El niño, cuyo nombre era Aspendos, ahora hacía señas de que se acercara. El hombrecillo bajó al encuentro de éste, enviando por delante la larga sombra para saltar el pozo de la orquesta posible de dibujar con la tinta que nos sobra, y se detuvo a su lado. El niño estudió al hombre de cerca. La primera observación fue que necesitaba una rasurada, y que su sombrero no terminaba por disimular las fisuras en las circunvoluciones de su cerebro. El adulto, por su lado, advirtió que el uniforme color caqui era demasiado caluroso para ese día. Aspendos no podía verle a los ojos porque éste traía lentes oscuros que le reflejaban su propio cingulo de mando y cuando alzó la palma para indultarle esas prisas en la saliva, él se la estrechó y le sonrió y dijo:

-Hola...

-¿Eres bueno o eres malo?

-¡Bueno, por supuesto...lo único malo es la mediocridad!

El niño no sabía que contestar a eso, pero le agradaba el individuo.

-¿Notas que tu boca ahora desaparece?

-Yo la noto en su lugar...

-Pon atención más de cerca...

Se desabotonó el saco que tal vez quisiera para la mudanza y extrajo un diapasón que hizo vibrar con la fuerza de las costillas, descubriéndole al niño una comezón amable al descansar sobre su cabeza, con las puntas de la horquilla suplantando el himno ufano de su voz de ahora en adelante, en tanto la boca se transforma en una mariposa roja que da cuenta de su propio vuelo y se va...

-Estos algodones en las orejas jamás me dieron suficiente silencio, hijo...

Y Aspendos permaneció parado, conteniendo la resequedad de su laringe y escuchando el metrónomo del lejano mar como una mera coincidencia.

IV. Marcia funebre

Tras la implosión del sol a puño cerrado, los relojes se dan cuerda para que los gusanos entonen vocablos con la equivalencia con que las usinas de las fábricas continúan arrojando sus desperdicios insolubles, entonces todos los aires del planeta dan un vuelco para retornar hacia la garganta profunda que les dio la vida. La casa se ventila sobre tu cabello revuelto, pero una brigada especial supervisa la exhumación de los cuerpos hallados cerca del jardín de los olivos. Estos permanecieron enterrados por unos pocos días hasta que el Gobierno, representado en un médico forense que poco sabe de crucifixiones, ordenó excavar precisamente donde los precisos alfileres desinflaban su mapa. Los peritos deberían tomar las huellas y fotografiar la posición de los restos, describir su trabajo dental y demás heridas obvias sobre cabeza y costado. Los picos y palas llevan un compás inútil de tres por cuatro. Los trabajos de excavación tampoco han penetrado lo suficiente para descubrir el paradero de la quijada del martillo usado a quemarropa entre dos hermanos. La tierra delibera sus alcances. ¿Estarán dormidos o despiertos?

V. Moins vif

Ella observaba a los pájaros: Una perfecta formación de aves en escala musical sobre los filamentos en los postes del amanecer hasta que el día se hace mudo. Los peatones no se inmiscuyen con esta melodía insípida de la cotidianidad. Ella observaba parada a la ventana y tarareaba: *¡Algún día desposaré al vigilante de un faro!* La jornada cumplida apaga la vista, pero los arpegios dentro de la cabeza no parecen correctos. Baja un acorde entero por las escaleras, pues se le ha ocurrido llamar a la policía mientras la lluvia sigue pensativa con sus bemoles, y entonces simula una sordina con sus manos cuando grita al auricular descolgado...

Ellos hallaron al gato balanceándose de la nota más alta del pentagrama en la calle cerrada. El árbol fue talado y la sección conteniendo al minino igualmente partida en dos, obligando al talentoso taxidermista a tratar de apaciguar el sintáxidio de tripas y vómitos con dos láminas sordas. El gato fue vendido como librero.

Ella observa a los pájaros desde su casa en combustión...y pareciera que quiere estar ahí silbando para siempre.

VI. Assez vif - Plus lent - Au mouvement

¿Malestar estomacal? ¿Dolor de cabeza? ¿Cuerpo cortado y fiebre?. La enfermedad burla la barbacana. Compartiste la bohemia de los élitros nocturnos y el ángel de la temperatura desciende bruscamente. Cierta remedio brujo se levanta como una columna de humo siete veces tu estatura, más cualquier territorio que eliges para sanar las dolencias se transforma en un lote baldío. ¿Es que se hallan los cimientos de tu casa gimiendo porque no pueden

soportar el peso de tu alma por más tiempo y las paredes se violentan y se cuartean? ¿Será que hoy tu mejor amigo te cometió una traición? ¿Admites que omitió su auxilio ante las armas del índice y el pulgar levantados? ¿Dudabas respecto de los imposibles escanciados con sangre contaminada? ¿Incide el filo del clavo en tus venas y la hemorragia termina evaporándose lo mismo que un perfume en este instante? Toma una tregua para jugar con otros dados, pues un hombre solo es problema de nadie. El Gobierno, aquellos dos fulanos provenientes de la gran capital, advirtieron tajantemente que tenía que enterrar mucho más profundo los cuerpos, una vez que terminaran con su exhaustiva compilación de evidencias. Que era la ley.

“¿No vine a poner en desuso la antigua ley, para establecer una nueva? -Dije.

El médico contestó que podría hacerse de la vista gorda, pero que eso no iba a revivificar mis esperanzas. El señaló que la zona arqueológica estaba en deuda y el estado estaba en bancarrota. El país se veía en quiebra y él estaba resquebrajado. El acaba de perder lo poco que tenía en un arbitraje de vivir o morir por súbitas visiones. No parece justo. La próxima vez, no habrá otra oportunidad de planchas con leyes universales para el abasto nativo.

VII. Très souple de rythme

¡Ah, cuando los gigantes recorrían la cara del mundo! Yo observo la cara de María, quién por economía todos la llaman Mary, pues nadie tendría el corazón para bautizarla la *Mariquita*. Ella arrojó una lagartija al ventilador de techo para averiguar que milagro sucedería después. Luego guardaría tal confidencia con Laura, quien fue sacudida por el *Angelus* a muy temprana edad, y que además tomó la misión en su vida de permitir el

conocimiento carnal de cada parte de su cuerpo a todo muchacho virgen y lisiado visiblemente: labios leporinos, parapléjicos, albinos de mirada transparente, afásicos y víctimas mutantes de la talidomida. Todos fueron bienvenidos a su cama. Ambas ya confabularían contra Marissa, misma que solía congestionar sus fosas nasales con las semillas de las uvas que acostumbró comerse como unificando el desfile púrpura. A todas se le puede hallar en la fotografía oficial del coro. Don Héctor pedía que nos sentáramos y, con la lente limosa y el escudriño afectado bajo la cortina negra, se preparaba a capturar la profundidad de campo y soltar la descarga alucinógena de fósforo a los rasgos del honor, ética y demás temples cutáneos, con tal precisión que tú te obligabas a romper el retrato en mil pedazos, antes de que alguien pusiera atención a la específica naturaleza de tu corrupción. En la esquina superior izquierda canta Pablo, quién hallaba divertido el rociar con gasolina a los carros mal estacionados, pero ignoraba que solo se puede ser bonzo una vez en la vida. Roy a quién le cortaron los brazos. Patricia, quien jamás pudo conciliar el sueño de pie, pero insistía en narrar sus arrobamientos diurnos respecto a los frailes tonsurados, que los pájaros le confesaban haber visto desde lo alto. Finalmente, a mi derecha, la negra Tomasa, cuyo cuello y manos eran desvanecidos al azul con el unguento de nácar, quizás porque sentía la necesidad de vedar en su casa algo del espejo de la creación. ¡Ah, cuando los gigantes recorrían la cara del mundo!. La puerta parece menos encogida luego de cancelar todos los cuadros de la pared. Mido la nueva extensión de tachones que hubieran sido notas mientras, a tientas, localizas la llave *fa...*

-Quédate en cama, María, mientras voy a investigar que fue ese tronido- digo.

Sólo que el planeta ya se encontrará a varios kilómetros de distancia tras la puerta cerrada.

VIII. Epilogue. Modéré

El camión se detuvo y las puertas se abrieron, permitiendo al grupo de escolares bajar los cuestionarios y la formación por parejas a la explanada sobre la Plaza de la Concordia, para rendir un tributo a Salvatore Accardo, el fino violinista de la Real Orquesta Filarmónica, quién presentaría a los neófitos en música con 11 y 12 años de edad en promedio, la *Sonata Movimento Perpetuo* de Nicolo Paganini, un *tour de force* para la mano derecha donde ésta se halla obligada a tocar las 2,242 notas en 3 minutos con 3 segundos que la composición exige y a una velocidad de 12 notas por segundo. El anfitrión, acallando con mueca amable los aplausos de la concurrencia, adquiere la rigidez del arco voraz sobre la cuerda de **mi**, la más alta, y una vez cercenadas las partículas de aire no queda más que música...pero ese auditorio favorable solo distingue un ronroneo sordo y constante; O se encontraba un motor diesel arrastrando el mar o la acústica del lugar les jugaba a esos oídos una mala pasada. La cabeza del músico se dobla hacia atrás con la alegría de un compás victorioso y concluye su actuación resolviendo la espiga sobre un costado de su sombra. Es innegable que ese público de pie, alza la mirada e imagina a un pingüino enorme que se levanta del asiento y que da cuenta del comentario que quiso conjurar un ballet de sensaciones al mediodía: “¿Saben lo que decía el hombre que compuso esto, lo soñó y lo llevó a cabo en buena lid?”. La masa muda de cabecitas niega al unísono. “Pues decía: ¡Establece enigmas, no explicaciones!”. Los niños se miran unos a otros, cuando entonces la inesperada pala de una excavadora se arroja encima del virtuoso, convirtiéndolo en la rueda perfecta de un disco acetato encerrando los ribetes del smoking y cuyo entusiasta equilibrio de canto sobre el pavimento acaba paulatinamente de girar hasta detenerse y caer con irrepetible *jay!*, *Moto perpetuo...*

-¿Quién tiene antojo de helado?- pregunta el profesor.

Y todos corren a la nevería “*Bing*” próxima, silbando el *jingle* comercial.

LA BALADA DE OCTAVIO Y MARI JO

-Octavio, cariño, si otra noche se te antoja incluir otra mujer en la cama...por mí no hay inconveniente.

Esas palabras eran autenticas descargas eléctricas en el cuerpo desnudo del hombre que ahora miraba con su cabeza ladeada la sonrisa amplia de la mujer recostada a su lado. A continuación, la voz de la conciencia lleva a cabo unos efectos lo suficientemente triangulares como para dejar a Octavio sin capacidad alguna de respuesta. La estructura vocálica de Orchell hurga en la cabeza. “¡Fabuloso!...no, espera. ¿Qué tal si es una trampa? Yo le digo, ¡Claro que sí....me encantaría! Y ella me responde al instante, ¡Lo sabía pinche pervertido...me largo de aquí! La relación termina. O es honesta y realmente quiere intentarlo para darle un realce europeo a nuestro trato y le gusta tanto que al final se vuelve lesbiana, luego ambas amantes se toman de mano y a ninguna de los dos las vuelvo a ver. No, alto...estás exagerando. Una invitada es abrir esa jaula de sexo por costumbre, pero que tal si al día siguiente me comenta que le gustó tanto la experiencia que ahora decidió invitar a un amigo de mi infancia a unirse con nosotros. Yo diré malencarado, no quiero que tengas relaciones con otro hombre. Y ella responderá... ¡Lo sabía pinche macho...me largo de aquí! La relación termina. O acepto que es lo equitativo de todo este asunto y tengo que soportarlo y darme cuenta que le gusta tanto que al final se vuelve ninfómana, luego ambos amantes se toman de la mano y a ninguno de los dos los vuelvo a ver. Ser o no tercer, he ahí el dilema.”

-Mari Jo querida, ¿Por qué habría de necesitar a alguien más en mi cama, cuando te tengo a ti?

El criptograma del engaño funciona, pero ella cogió su mano con fuerza y empezó a chuparle los dedos de modo compulsivo, uno por uno y después todos juntos. No se vuelve a tocar el tema.

El siguiente mes resuelve el escenario del teorema de los tres lados. Todo en silencio, para no provocar curiosidad. La primera mujer, quitándose la blusa blanca. La segunda, despojándose de sus pantalones de mezclilla. El tipo en la cama podía verlas a ambas comparando sus senos, sus muslos, sus pubis. El se dirige a Mari Jo.

-¿Dices que tu anterior pareja jamás te llegó a insinuar algo parecido?

-El tipo no tenía imaginación, pero mi abogado sí –contesta ella.

Y conforme a la suma del cuadrado de los catetos, Octavio baja la cremallera de su uniforme con la intención de recibir una lamida en el glande por parte de un sucio compañero de celda nonagenario a cambio de un cigarrillo y se da cuenta que al otro lado del mundo otro hombre al que nunca ha visto en su vida camina por la cuerda floja.

Ambos desconocidos comparten el mismo pensamiento breve y al mismo tiempo.

“¡No mires hacia abajo!”

NADJA

Tal como era su costumbre cada noche desde la primera vez que se conocieron, ella se encaminó con linterna en mano y descalza hacia el barranco de los sueños, el fin del continente con las impetuosas olas fingiendo el paso en falso, para alumbrar por encima del hurto de la niebla al que él daba por llamar el linde del deseo.

No obstante que ambos enamorados compartían el sol juntos, llegada la noche él prefería irse a dormir a solas a una cama de amarras en la región septentrional de la playa, a cuarenta pasos del punto donde la casa de dos pisos había sido construida como favorece la marca de agua en el papel real. Lugar obstinado, entre la pleamar de las estrellas que se desmembran y el humo que huye y se alarga para siempre, derrumbando de cansancio una fogata de dulces actos amorosos y enfurecimientos cósmicos. La ropa flota en el espacio, pero la atrapan los tentáculos y casi es una mano (o siquiera un anticuado rascador de espalda para propiciar una especie de autoestímulo o la modorra). El insomnio prefiere quedarse de este lado. El extiende su cama y totalmente alejado, con su lámpara de pantalla rotatoria conectada a la anguila, su radio de bulbos sintonizando no otra cosa que *pop music* y charla de los sesentas, un par de libros favoritos acerca de la inutilidad de la numismática y un plato de fruta silvestre que debió recolectar en el camino de la casa hasta el nido, dormirá a pierna suelta, sin que nada perturbe esa paz. Excepto por las pesadillas, por supuesto.

Y como tal era su costumbre cada noche desde hace ocho años, ella se encaminó descalza y sosegando las bisagras, para darle un beso y atreverse a susurrar: *buenas noches*. Este era el rito.

Justo antes de haberle propuesto matrimonio, él le explicó la naturaleza del problema. Bueno, la maldición. Ni siquiera problema, pues los problemas son fáciles de solucionar: "Digo, sólo córtale un poquito por aquí, empújale un poquito para allá. ¡Hey, basta que no lo toques y lo dejes colgar en el aire para darle en el centro!". Nada de eso. No, ni remotamente podía pensarse en clasificarlo como problema. Era una maldición y él estaba advertido de ello desde el principio.

-Mis pesadillas cobran vida -dijo.

Tal advertencia inició una larga y detallada charla entre ellos. Conversación que pasó por los usuales estados de extravagancia quebrantada hasta lo inverosímil, la incredulidad, la ridiculización, cautela y enfado ante la posibilidad de una tomadura de pelo o una salida en falso con el puntapié de Occam. Luego, la acogida de mala gana, intervalos de escepticismo, un regreso a la total incredulidad. Finalmente, con mucha lentitud y un puñado de locura, su total aprobación para ese amante que la embriaga y la enerva. ¿Que son ellas?. Algunas cosas inauditas que resbalan por el cerebro mientras duerme y asumen forma corporal, pero...

-Mis pesadillas mataron y devoraron a mis primeras dos esposas -dijo, guardándose esta parte para lo último.

Sin embargo, Nadja se casó con él. Y los dos fueron extremadamente felices. Delicada emoción de otro ballet cortesano en una caja de música. Más, por mera precaución, porque la amaba demasiado, él optó por dormir a solas en una cama de algas multicolores de la región norte.

Por la mañana y en los episodios de cada mañana al descubierta -porque él estaba compelido a levantarse, apenas la luz le diera en la cara- caminaría de regreso sin pestañear, para luego entrar por la puerta trasera a la cocina y calentar agua, poner un poco de té antes

de que Nadja despertara. Prepararle unas tostadas con mantequilla embadurnada con los dedos o posiblemente una taza de leche tibia y granola. Todo dispuesto armónicamente en una bandeja con ese baile alegre de su anillo de compromiso, mientras Nadja ya le esperaba sentada en cama, leyendo o mirando el bazar de compras por televisión de 6 a 11. Y, claro, durante ocho años la armería de ese beso matutino mantuvo el secreto más celosamente guardado de todos.

En eso consistía la rutina, cumpliéndose ya ocho largos años. Y llegada otra noche, tal como era su costumbre, ella nuevamente se encaminaba descalza, linterna en mano, a intentar un último salto en el borde del deseo, en el abismo pasional que hay de un cuarto a otro, y luego se acercaría hasta él para besarlo dormido, susurrarle lo feliz que ha sido a su lado y lo imposible de prolongar el coito por la memoria. Por lo pronto, no hay más remedio que saberlo ahí, inalcanzable. Da su promesa de regresar cada noche y vuelve el camino a casa. La mayor de las veces, para disfrazar tal soledad lee acostada un buen rato, entonces echa a dormir al tercer bostezo. Mientras, en la neblina exterior, los espectros nocturnos agreden a palos la luna y se despedazan entre ellos, pero nunca podrán acercarse a Nadja, porque ella se halla a salvo en otro lado.

Más, en esta ocasión, la lámpara estaba prendida. El perfil de una manzana del olvido coronaba la pila de libros no abiertos. La piedra oscura de la ausencia provocaba una depresión perfectamente circular en el centro de su almohada, al tamaño de una cabeza. Pero el sitio estaba vacío.

Ella llamó por su nombre, lo buscó por todos lados. Nadja piensa haber distinguido un llanto entre el rumor de olas y entonces lo encuentra ahí, sentado en el risco. Tiernamente se arrodilla a su lado y lo rodea con los brazos, mientras le dice:

-Ahora veo que te he hecho muy infeliz. Yo vengo huyendo del reino anclado a mitad de los mundos y te he amado desproporcionadamente con celo, haciendo tu vida incómoda. No sé cómo fue, pero lo siento. Te pido que me perdones...

Pero él mueve su cabeza en forma negativa e insiste en esa forma triste del silencio que le dice que *no, eso no es cierto...tú no lo entiendes.*

-Perdóname, perdóname... -le repite, con el grito en los ojos porque no entiende que le quiere decir.

Hasta que, en un instante, él cesa su llanto lo suficiente para hablar:

-Eso no es cierto...tú no lo entiendes.

-Entonces, dime ¿por qué lloras?

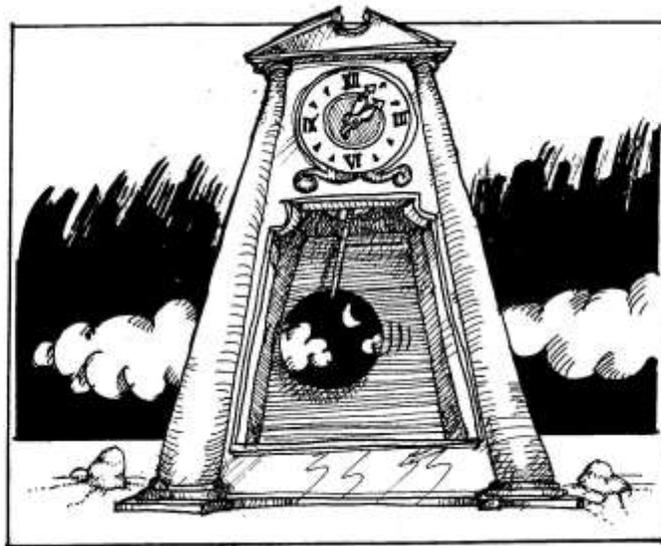
Tampoco fue capaz de explicarle por un buen tiempo, porque arrastrando el ombligo en las palabras, desabrochaba la camisa de su secreto. Y después de un rato, ciñéndose fuertemente a su corazón, le dijo:

-Confieso que...soy la morsa...y me perdono.

Y lejos, en el impetuoso océano de la obscuridad ambiental, ambos pudieron escuchar el zambullido errante de torcidas, dementes creaturas cuyas voces eran ahora, perdida la vista, mucho menos furiosas que desesperadas.

libro dos

BUSCANDO LAS AGUJAS
EN EL PARSEC



MUJERES CANIBALES EN LA SELVA AGUACATE DE LA MUERTE

Amiga, me temo que ya ví esa película. Esa misma en presentación estelar de la muestra en cartelera, donde su elenco embellece las condiciones de vida sobre el plató y se articulan los verbos transitivos del *script* que es, alguien dijo, un poema enrollado. Siento interrumpirte, amiga, pero ya ví esa película en otra matiné con sabor a palomitas mantequilladas, efectos especiales donde aparecen vivos los actores muertos, butacas con el eclipse total y parcial de las cabezas, y te digo...¡no vale la pena!. El crítico asiste, señoritas: buenas tardes; señoras: adiós. La verdadera crítica consiste en prolongar la corta memoria del *tráiler* y, con no cerrar los ojos durante un buen rato, basta para enterarse de una historia perfectamente comprensible y bastante interesante. No hay permanencia voluntaria. Permite, pues, voltear el tambor para cambiarte al rollo dos de “*Mujeres caníbales en la selva aguacate de la muerte*”. Se apagan las luces y en pantalla aparece el repleto de extras fuera de foco y adelantándose al equipo de expedición que viene desafiando a la muerte transformada en Diosa Jade del amor en una vegetación de utilería color selva que se abre a golpes de machete. Se separa la maleza con ambas manos para mostrar la máscara inesperada de tres metros verticales que provoca el primer plano y reprime al público sentado en las primeras filas con mirada atenta. Repentinamente, desde una remota esquina del escenario, llega un grito en dialecto que bautiza al demonio tallado en el tótem. La voz de alarma es atendida por los demás nativos que arrojan su cargamento al suelo y corren azuzados ante la gruesa de murciélagos que levanta vuelo desde las ruinas en un segundo plano. Escena clásica. Nuestro héroe –con tres nominaciones previas a los premios de la academia- falto de sudor, gracias a las convenciones del maquillaje, gira sobre su propio eje y proyecta la sombra de sus arcos contra el sagrado templo cautivo en

un abrazo de locos cabellos vegetales. Cuidadosamente, sus dedos escudriñan la arenisca de los bajorrelieves y se detienen violentos. Ajusta la lupa y traduce los mohosos jeroglíficos: “NO PASAR. *Filmación en proceso. Atte. LA GERENCIA*”. Manos de un *doble* empujan la polvosa mole indiscutiblemente en la entrada y un pasaje oculto queda revelado. *Fade out* (y puente musical). *Fade in*. Un telegrama es despachado a Londres donde la rubia antropóloga aceptará –posando con un pañuelito bordado sobre la boca y catorce portadas de revista con entrevista inclusive, sí- dicha invitación para visitar las excavaciones de la ciudad perdida de las amazonas de la selva aguacate de la muerte. En la siguiente escena, la rubia antropóloga viaja montada sobre una mula que se conduce entrenada por el tortuoso camino hacia el lugar de filmación. Ella guarda la polvera en su bolso y dice: “Hemos aprendido mucho acerca de estas amazonas al estudiar la moneda fragmentaria que caía de sus *brassieres* y bloqueaba los canales de riego que circundaban la ciudad. Por principio de cuentas, aprendimos que usaban *brassieres*...”. La rubia antropóloga y nuestro cazador de tesoros se encuentran justo en medio de un incendiario beso, ahíto de mil ruidos silvestres y otro extracto musical más vivo. Y no caen en la cuenta de su error hasta que quedan emboscados por un círculo de lanzas femeninas y caníbales. A una orden del dedo índice, la Diosa Jade Verde de envidia les toma por prisioneros y exige un sacrificio en honor a la Gran Esfinge. Claro, ésta como toda esfinge propone un enigma mortal a la pareja en la pira: “¿Que es verde por fuera, verde por dentro y en medio un hueso de aguacate?”. La respuesta correcta despierta la ira del volcán y la entera civilización queda sepultada en lava. Por lo general, cuando los productores temen que el interés decaiga, siempre tienen el recurso de sacar una mujer desnuda o hacer que toda civilización antigua y misteriosa, desaparezca sepultada en lava...o ¿que no van al cine? Únicamente el dúo de actores resulta ileso en la posición vertical, de lo contrario la escena queda automáticamente censurada, y

ambos contemplan la columna de humo, de lo que fue una aventura...y desventura, pues el galán no sabe que la rubia no es antropóloga, sino rubia antropófaga, o sea, una *comehombres* y entera *aguacate* en la primera cita. **THE END.** Por eso, amiga...¡bájale a tu hollywood! ¡Te devuelvo tu entrada! ¡Por favor, no actúes conmigo...inútil, porque yo ya vi esa película!

SUEÑO DE UNA NOCHE DE INVIERNO

Noche de paz, noche de amor...todo duerme alrededor, salvando la brecha entre el hemisferio norte y los países del sur que registran en un entero la vieja proyección de Mercator. Brilla la escena de paz, brilla la vitrina de FAO Schwarz, luego yo doy por hacer una tinta nacional de los viejos villancicos navideños, para no repartir abrazos. Por otro lado, Papa Noel luce festivamente gordo considerando la ley de los cinturones y, no obstante, capaz de infiltrarse -sin riesgo de convertirse en un tapón humano- a través de la chimenea en la nochebuena de la imaginación colectiva con hartos aguinaldos al pie del árbol decorado. Al punto de las doce, eres un educado bostezo dentro del nuevo reino de York e inmediatamente conminado a ser feliz por obligación. O por derecho propio ante la hilera de calcetines colgados la víspera de navidad. *Fa la la la la, fa la la la.* La mañana previa a mi estribillo, ya recurro a mamá para solicitarle la confección de un costal mágico. “Aún faltan tres días para la primera nevada”, me contestó. Y sin masticar otra palabra, lo zurció a la temperatura del invierno que condensa el aliento, empero su interior exhalaba a distancia, un aire circular y fragante de castañas al fuego. Con la pieza al hombro, inmediatamente eché a caminar la prueba de los aparadores por el oriente legítimo, para coincidir sobre una misma esquina con el falso Santa Claus que cumple los trabajos lentos de una campana oxidada en nombre de las misiones de caridad y sin poder quitarse de encima la cortesía del mundo. “¡Qué tal!”, digo sonriéndole. “No estoy en servicio hasta la una, hijo”, me contesta. Juntos esperamos por el siguiente bolsillo conmovido para arrojar cualquier dispensa dentro del caldero que nunca se sostiene sonando como en espadaña, entonces noté el cartel que advertía: “Es muy desventurado para las manos ajenas tocar estas limosnas de amor”. Pregunté el *¿por qué?* y el adulto me contestó: “¡Porque les

rompería los dedos!”. Poco hay para escoger entre manzanas podridas y, encontrándome a tiempo para alcanzar la cena proverbial, emprendí el regreso a casa donde me espera el beso de un tirón bajo el muérdago. Con el frío que borra la cara, llega esta aproximación de los parientes lejanos y una prudente distancia contra su halitosis. Abrazos más cálidos que mantas sobre los hombros, la fuga de la escarcha por la ventana para pasar al comedor. Los comentarios de sobremesa redundan en servilletazos contra las paredes y la rotación en desuso de sillas junto a la consagración champañísima de que ningún otro mantel es tan blanco como la nieve, ni el pavo menos relleno. *Wassail, wassail all over the town*. Papá saca la vieja cámara y acerca a todos para obtener un mosaico de sonrisas y cirios aureolados. Mi hermana jala del faldón de mamá y rompe a llorar después del *flashazo*. Yo practico a sumergir dos dedos, contra el cierre interior del pantalón, para simular un glande. *Hark, the herald angel sings*. Un carámbano preside su tintineo helado hacia dentro de la palma de la mano cuando se me niega el permiso a la mañana siguiente. “¡Ningún otro niño lleva costales a la escuela!”, reprendió mamá. Sin embargo, mi necesidad dicta que la razón estriba en que ningún otro niño tiene uno. “¿Por qué no?”, replico. “¡Porque soy tu madre y eso significa que no llevarás ningún costal! ¿Entendido?”. Cerramos los ojos, la nieve vuela. Imposible guindar un moño rojo al mayor metabolismo. Al otro día, es el maestro quién devuelve el cumplido y envía una nota a casa:

“Estimado señor Chespirito:

Su hijo Rodolfo ha interrumpido mi clase con un saco lleno de tarjetas navideñas y otras pertenencias que ha repartido entre sus compañeros de banca, alegando que son parte de su herencia a la práctica del ahimsa (no violencia), pues pretende darse un tiro en la cabeza, justo enfrente del pizarrón. Ruegoles tengan una pequeña charla con él.

Atentamente

El Profesor.”

Ese último año con los pantalones cortos, mis papás tuvieron esta pequeña conversación conmigo y creyeron pertinente desmentirme que el viejo Santa Claus existe. Despojado de espíritus elevados y mis lentes, me quedé dormido en el mismo sillón de mi atroz revelación. Un ruido me despierta. Frente a mí se encuentra un duende apoyado en uno de esos bastoncillos listados de rojo y blanco, con el que inmediatamente apunta a una esfera plateada que pende del pino. Veo en el reflejo convexo de ese espejo que el aparecido no era suficiente manicomio, en comparación con la fatalidad de ver mi cabeza convertida en reno. El gnomo comentó:

-Hola, me llamo Puck...ayudante categoría “C” en el taller de Santa.

Dejándome arrastrar por el trineo de lo irreal, interrogo:

-¿Existe Santa Claus?

-Bueno, existe de conformidad a que puedas aceptar la teoría general de la relatividad. ¿No tienes algo más que confites para comer?

-Por ahí está la cocina y las sobras de esta noche- señalo.

El extraño visitante gira en redondo y en cinco saltos alcanza el refrigerador. Me quedo atrás palpándome la cornamenta. El duende prácticamente ha vaciado el contenido del frigorífico y me llama: “¡Hey, amigo! ¿Tú podrías facilitarme una bolsa o algo así?”. Veo que solo tengo a la mano el saco hilvanado de mala gana. A partir de aquel momento, nuestras diferencias desaparecieron junto con los víveres, los cubiertos de plata, los candelabros, la consola Luis XVI y mil objetos más que fueron embolsados a discreción por el enano. Puck anudó el hinchado costal, me abrazó y corrió con su bulto a cuestas hasta la puerta del baño: “Los escépticos insisten que los alumbrados navideños no son más que el sueño de una noche de invierno...¡Adiós!”, exclamó. Abrió el retrete y, en un flujo

del mecanismo de agua, desapareció como lo hace una rata. Un grito me despierta, se trata de mamá que llora desesperada: “¡Nos han robado! ¡Nos han robado!”. Sí, la habitación está completamente vacía. Aquí el dilema: Quién nos provocó el pasado mañana de las fiestas de Yule, ¿fue para reinventar ese ruido de las campanadas en el temible tamaño de una alerta que se abre el envoltorio del regalo equivocado o porque nos prevalece el acontecimiento equinoccial de que es mejor dar que recibir? ¿Ser o no ser? Me inclino sobre la esfera decorativa de marras y observo que mi cara es normal, pienso: “Más que una cara de reno, merezco una de asno...aunque presiento que eso ya se ha escrito antes”.

VIAJE MAGICO Y MISTER OSO

4EVER...

1. PABLO

Pablo tenía diez años el día que se le ocurrió pregunta: .¿Por qué si el tren es cuadrado puede dar vueltas redondas? Esto bastó para que lo acreditaran como el tonto de la familia. A partir de entonces, cuantas veces abría la boca, alguien encontraba algún detalle bobo a lo que decía y sus *mensadas* eran relatadas posteriormente a parientes y amigos. De nada servía que obtuviera buenas calificaciones en su escuela: él seguía siendo *El Menso*.

MENSA, menso. Nadie le confía billetes grandes cuando hace el mandado, ni lo envían lejos ni le dejan solo si ha de tomar determinado transporte. La desconfianza en su capacidad mental cubre toda la fama familiar, desde el padre y la madre hasta la sirvienta.

Las bromas se repiten día tras día insistentemente, perniciosamente, pues resulta muy divertido hacerlo rabiar. Convencido de que no puede hacer nada para defenderse, Pablo ha optado por guardar silencio, tragar saliva y llorar su coraje a escondidas. Ya está convencido de que efectivamente es un menso, casi retrasado mental, y que no puede hacer nada para remediarlo. Así que una mañana decide irse a vivir, permanentemente, a una colina y ahí sentado observar al sol de levante y vodevil, mientras sus ojos giran en redondo contra la rotación del planeta: el tonto de la colina que no puede revelar un *teseracto* porque estamos encerrados en tres dimensiones. Lo que puede enseñarnos es la sombra de un universo en la forma de un hipercubo capaz de dar vueltas redondas, galácticas, e iniciar su dibujo con un dedo sobre la arena...

La situación no era ideal pero, al establecer su superioridad, el muchacho dejó de sentirse absolutamente perdido en un mundo hostil.

2. JUAN

“Cuando mi Juan nació creí que me iba a querer mucho, que enseguida me iba a reconocer y hacerme ojitos, pero lo único que el condenado hacía en casa era llorar todo el día y toda la noche. Siempre estaba enfermo de algo: cuando no era de cólicos, era de catarro...o qué sé yo. Por la manera que me trataba, me di cuenta que ese escuincle no me quería y empecé a pegarle. Le pegaba porque se me orinaba en la cama; porque tiraba la comida al suelo; porque me daba asco limpiarlo cuando se zurraba; porque no sabía usar el baño; porque siempre ensuciaba la ropa que le acababa de poner; porque no quería comer, o al contrario, ya me pide comida como si fuéramos ricos. Pretextos nunca faltaron...”

La madre, como casi todas las que atormentan a sus hijos, siguió golpeando al niño a medida que este crecía; Así, le encadenaba a la cama, lo quemaba con la plancha o lo azotaba con un fuate mojado, amén de mantenerlo la mayor parte del tiempo disfrazado de inanición “para quitarle lo travieso”. Y pretendiéndolo curar por todas y en definitiva, fue por ello que ésta tomaría una célula de su lengua para dejarla multiplicarse libremente, a modo de hacer 23 reproducciones asexuales del hijo. El caso llegó a un grado que provocó la intervención de los vecinos...pero el prurito fue inevitable.

“Hasta ahora” -replica la madre- “creí que el máximo de amor lo habría obtenido al duplicar exactamente el corazón de mi muchacho, pero esta bendición de lenguas sólo me tararea: ¡Yo soy el clón, Ellos son el clón, yo soy la morsa...GOO GOO GOO JOOB!. Se merece que le vuelva a pegar...”

Ciertamente la madre lo tuvo la primera vez...pero él nunca la tuvo a ella, aunque se multiplicase 23 porciones más.

3. JORGE

El pequeño Jorge padece *enuresis* (dícese de la incapacidad para retener la orina y mojar la cama por las noches) y su padre, indignado por “cuán sucio es todo ello”, pretendió curarlo encrespándose una cara larga, so pretexto de darle un baño de agua fría todas las mañanas. No obstante la inconsciencia ante una pulmonía inminente, la verdad es que se le había enseñado al niño a temer la obscuridad, que es real, y éste ya la poblaría con monstruos y demás seres imaginarios antes de dormir. Angustiado por ese mundo irreal, el niño solo pretendía darle una salida a sus pesadillas dentro de aquella habitación.

Sin embargo, los baños matutinos continuaron...

(*OJO:*, De acuerdo con la tradición oral de los cuentos, si se quiere salvar el amor de un padre, no basta con llamar al doctor y sepultarlo bajo sus ilegibles recetas, sino qué a través de una grieta en la pared, acudirás una cueva mágica; consultarás a un hechicero de barbas hasta el piso; escalarás cuatro cordilleras parlantes; matarás dos dragones rojos y le arrancarás tres pelos al gigante, antes de que su esposa atranque los portones del castillo, para robar el metafísico elíxir por todos custodiado, pero ¡recórcholis! al tomarlo finalmente entre nuestras manos...¡el frasco se rompe y las aguas maravillosas lo mojan todo!)

El niño despierta para percatarse de que se ha vuelto a orinar...

Temeroso del castigo, ya salta de la cama. Se viste rápidamente y sube a la azotea para ocultarse en el gallinero que realmente será una máquina del tiempo disfrazada de tela malla, simplemente para regresar a la época en que Mamá vivía y Papá no padecía un alcoholismo; más el riesgo de estos viajes ultralumínicos es que ellos pueden cambiarnos lo de adentro hacia afuera y, si ahora el niño puede aparecer y desmaterializarse a voluntad en el universo adulto, cambiar su forma de modo notable, sacarlo hipérbaton de la habitación

cerrada y eludir el castigo...¡también podría voltear lo de afuera hacia adentro! ¡Así podríamos quedar con sus vísceras en el exterior y el Cosmos entero -gas intergaláctico incandescente, galaxias con civilizaciones, papá, mamá y camas mojadas- en el interior! No debe agrardarle mucho esta idea al pequeño, pues lo veo despertar de su distracción y descubrirse orinado en el pupitre.

Este niño trabaja con su padre, quién nunca pudo contarle cuento alguno. Cuando suelo interrogarle acerca de los viajes mágicos y misteriosos de su hijo, me contesta: “¡El canijo los inventa, profe!”.

4. RICARDO

Al dirigirse a la escuela el primer día, la mochila de piel parece demasiado grande. Está vacía, excepto por dos lápices de punta afilada, una goma y una regla. El uniforme es adrede demasiado grande. Tras la primera semana, los lustrosos zapatos nuevos ya están raspados y los mejores amigos de un día se convierten en enemigos al día siguiente. De modo imperceptible, ha tenido lugar la transición de niño a escolar.

“¿Eres nuevo en el colegio?” -pregunta una maestra a Ricardo, durante el recreo de media mañana. “¡Oh, no...(ya contesta el niño aburrido sobre la banca)...estoy aquí desde las nueve!”. Ricardo halla difícil la integración con sus compañeritos. “Ellos no quieren jugar a mi manera”, o bien “Se ríen de mí”, son sus constantes quejas. No darles demasiada importancia y en cambio un cierto sentido del humor, educa mejor que escribir con tiza cien veces: “No debo ser egoísta con mis compañeritos de patio. No debo ser egoísta etcétera, etcétera...”; pero el recreo es quizás el acontecimiento más exigente en la vida escolar de Ricardo, por lo que cumple un deseo -y no resulta extraño- cuando el área de juego ha sido despejada exclusivamente para su ronda, gracias al olor cerrado y fuerte a fresas. Un

triunfante aroma similar al que inundó las calles de Bhopal, India cuando cerca de 2,000 personas perecieron tras los vapores tóxicos que derramó una planta industrial de pesticidas. ¡Penetrante olor a fresas recién cortadas!. El cuerpo de la maestra yace cerca de los columpios, pequeños cuerpecitos tirados aquí y allá. Ricardo ultima detalles para lograr que baje el otro extremo vacío del sube-y-baja, sí. ¡Oh, campos de fresa por siempre! ¡Campos de fresa por siempre!

5. TU MADRE DEBE SABERLO

-Vamos a ver, hijo...pregúntame cualquier cosa que desees saber.

-Si una mosca se te mete a la boca...¿te matará?

-¿Es la TV una ventana al mundo?

-¿De qué color es la piel de Dios?

-¿Son los animales de globo un arte?

El padre dirige una mirada considerable a su reloj de pulsera y voltea extraviadamente por encima de la cabeza del niño.

-¿Y bien, papá?

-Ya es hora de dormirse...

Y el niño con pijamas rayadas y oso de felpa bajo el brazo se irá a dormir de la mano de toda esta confusión, como la cometa que no acaba de elevarse jamás.

GÓTICO

Victor Frankenstein se mostraba demasiado cansado para repetir el experimento otra noche. No bien acabó cerrando los ojos para recostarse por un momento, cuando dos suaves tirones de su hombro lo despertaron.

-¿Doctor Frankenstein?- la mano pertenecía a una misteriosa dama de pie junto al diván -...le he estado buscando por cuanto rincón me ha sido posible, ¿necesito urgentemente su ayuda!

-Perdone, pero no la recuerdo...- contestó Frankenstein incorporándose pesadamente

-¿Como llegó aquí?

-¡Eso no importa ahora. Mi esposo necesita de todos sus conocimientos y habilidades! ¡Es urgente!

-Lo siento, estoy muy cansado esta noche...

-¡Le daré cualquier cosa que me pida a cambio...por favor, atiéndalo!

-Señora mía, he pasado varias semanas consumiendo mi desvelo en virutas y ya no siento las manos...

-¡Mi esposo espera en la camioneta...déjeme ir por él!

La mujer cruza el lóbrego corredor en un santiamén. El científico se levanta. Antes de que concluya el espasmo de un largo bostezo, le despabila la presencia de un ser desgraciado y clavado a una silla de ruedas.

-Doctor Frankenstein, éste es mi querido Percy Shelley. ¿Puede examinarlo?

Más el doctor no alcanzaba a oír; El cadáver envuelto en celofán no era de días ni de semanas...estaba lejos de cualquier atención médica. Su mujer le había dado cierto tratamiento embalsamatorio al cuerpo, de eso no había duda, alguna laca o resina para

dilatar la voraz corrupción necrogénica con tal suerte que, el singular agujero de bala sobre la sien izquierda lucía cicatrizado como sucio retoque de pintura cerosa. Extraños bultos multicolores colgaban al arbitrio...con horror pudo reconocerlos como desodorantes de baño.

-¡Fue un accidente!- justificaba la mujer - ¡No quise dispararle, pero su carta entregada en la mano me constató la fosa común para nuestro amor! ¡Oh, horrible sueño del veneno mezclado con tristes hierbas del terreno de vida verdaderamente vivida!

Un relámpago tronó y ella abrazó el cadáver. La cabeza desnucada se inclinó floja hacia un costado y el peso rasgó la pergaminosa piel de la base del cuello. Un tufo hostil escapó del velo hasta agredir el par de fosas nasales del científico. El doctor Frankenstein contuvo el vómito y ordenó:

-¡Lléveselo de aquí!

-¡Resucítelo, doctor...

-No puedo ayudarlo...lo siento.

La mujer saca una pistola oculta en el vórtice de su ombligo y empuja a un rincón distante el inerte cuerpo. La cuerda de los ahorcados baja del cañón que apuntaba directamente al rostro de Frankenstein.

-¡Usted ni es doctor ni es el Prometeo que yo inmortalicé en mi libro...Aaaah, es otro monstruoso silogismo de manzanas!

Ella cortó cartucho y

Silencio. No obstante que este museo de cera es un lugar muy callado, todas las personas que han desempeñado el puesto de velador han renunciado siempre por la misma razón: ¡Dicen ver visiones por las noches!. El sueño de la razón produce migrañas, perdón, monstruos.

RHAPSODIE ESPAGNOLE

1. La maja desnuda

El edificio se clavaba agudo en cielo, estilizado e inmensamente esterilizado, mientras todo hombre en tierra lo imaginaba, pensaba y construía casi amorosamente...o a veces con desprecio secreto, debido a que sus manos y mentes se convertían en otra parte de la monumental estructura en favor de cada piso levantado.

Ahí, al pie del rascacielos el albañil, el ingeniero y el político saludan a la pesada maquinaria que, luego de completar su labor en un nivel de origen, se alzaba al siguiente plano para repetir y mejorar un ápice su procacidad por arañar las nubes y persistir en el aire una herida más grande que las cosas grandes:

-¡Vaya que me pone a pensar toda esa increíble coordinación de músculos y materiales para vencer el aire! -dijo el albañil.

-¡Yo me pongo a pensar en metros por causa de la sombra gigante soslayando la calle populosa! -secundó el ingeniero.

El político nada dijo; Pero viéndose compelido por los compañeros a revelar sus pensamientos, el replicó:

-¡Yo estoy pensando en una mujer desnuda!

Sorprendidos por la respuesta, tanto el ingeniero como el albañil exigieron una explicación.

-¡Porque siempre estoy pensando en mujeres desnudas! -reafirmó el político.

Ninguno entendió de lo que hablaba y la obra quedó interrumpida...

¿Será por eso que hoy se le conoce como la torre de Babel?

2. Granada

En el principio fue el experimento: Un omnipresente ojo cubriendo la platina del microscopio. Era la más joven Q.F.B. al servicio de los Laboratorios Rhone-Poulenc Pharma. El poder resolutivo de dicho lente magnificador conferíale el campo que hace cambiar de fatiga a las cosas de la naturaleza. Dos desafíos aún: el legado rimbaldiano, cultivando en el cerebro las tierras del error, y el tractor meditativo por los dos lados coordinados con tornillos micrométricos y sembrando la base informativa en los desplazamientos, hasta que la científica alcanza un punto de enzimolisis a mitad de su frágil programa de control microbiótico. En el apremio de concluir la prueba de condición inestable, se hacía necesaria la aceleración de la reacción con cierta bacteria diseñada por ingeniería genética y cuya única fuente de suministro provenía del propio Instituto Nacional de la Nutrición, cuyo titular padecía del raro antígeno de cooperatividad científica entre la comunidad médica. Sin por ello desanimarse, la ambiciosa residente escribió una solicitud informal solicitándole algún antisuero que portase los preciados bacilos.

La respuesta recibida fue escueta y tajante: “¡No, nunca! P.D. Inyecte sus encantos a las glándulas de otra persona, niña” y firmaba el papel con cruzamientos de líneas imprecisas.

Al término de su lectura, la joven resopló pesadamente e hizo la carta pedacitos, colocó los fragmentos en distintas soluciones y esperó. Pocos días después, la mujer consiguió su bacteria...uno de los cultivos la contenía. Las manos del doctor inadvertidamente habían colocado protistos del laboratorio en su firma.

Puede que la historia sea verídica o no, pero yo todavía me niego a creer alguna otra oída con mi estetoscopio, la etiología de otrora terrible epidemia que halló génesis en el

mismo corazón del África y como consecuencia del amor aborígen por los simios...el comentario me resulta bastante virulento.

3. Cortés

Llegó a la costa mexicana con 100 marineros, 508 soldados, 16 caballos y yeguas y armas. Allí es recibido por un jefe representante de los nativos, cuya cara rápida no puede contener la risa debido a las barbas que cubren la boca del gran expedicionario. Es el año de 1512. En la creencia mutua de haberse cumplido la profecía del regreso del dios Quetzalcoatl, todos ordenan una pizza y como un primer acto de arribada divina, el hombre con ropas graciosas ordena quemar sus naves, asegurando de este modo la permanencia en el lugar y la propagación de la primera enfermedad venérea, a fin de que, en los siglos por venir, él en persona pudiera propinarle a una hermosa jovencita una inoculación en la nalga izquierda.

Al pasar de largo un callejón de los Portales de Santo Domingo, se escucha la voz de una mujer reclamando entre las sombras: “Usted me prometió dos pesos. Debe dárme los primero. No siga, me está lastimando. Alto, usted debe darme los dos pesos primero”. Es el año de 1892. El hombre de barba poblada se detiene en la entrada del corredor oscuro y permite a sus ojos fijar un claro de luz bajo el tumulto de ventanas luchando con la luna, luego trata de contener la respiración ante el hedor viajando las curvas del aire y entonces se interna por el curvo chorro de agua al encuentro de una pareja forcejeando. La sombra más corpulenta pertenece a un hombre de aspecto burgués, vistiendo un gabán con cuello de astracán y el blanco rostro de huevo. La chica está recargada contra la pared, tratando de repeler el peso del atacante que lleva la bragueta desabotonada con su pálido pene extendido. Este tipo la sujeta del cuello con una mano, mientras la otra hurga bajo su

vestido harapiento como cierta segadora del claro vello estival. Fuera de la escena, las calles de ladrillos se interceptan con un rumor de cascos de caballo por donde se aproxima un coche envuelto en niebla, entonces el agresor mira de reojo a la entrada del callejón. El caballero andante ve temblar esas mejillas, como si la cara de la moneda en ningún momento hubiese esperado el tremendo turno de un cómplice guardando la distancia. La pareja distingue esa figura del intruso parado a contraluz y el hombre atacante suelta a la mujer de pulso herido y mete su órgano entumecido en los pantalones, sin siquiera preocuparse por abotonarlos. Con voz de hojalata y talco se para en la puerta de sus derribos y grita: “Oye tú, ¿te gusta mirar la correspondencia ajena, eh? Supongo que nadie te ha dado una lección”. El hombre que hizo su entrada responde con tono calmado: “Deja a la jovencita irse. Dale los dos pesos prometidos y permite que tome su camino”. El individuo con el gabán suelta una carcajada a todo lo que rodea el silencio y adquiere una extensión pugilista con los brazos en guardia. “Veamos que opinan de tus reglas el Marques Q y mis puños, mi querido capitán”. En la medida que dicho boxeador se acercaba danzando a su oponente, sacudiendo con gestos bovinos el voluminoso sobretodo, el importuno observador saca la pistola Táser del bolsillo de su chaqueta y dispara a quemarropa contra su adversario. Los dardos se clavan en cuello y cara y la carga de 200,000 voltios levantan al potencial fornicador del piso para estrellarlo contra la fiesta de las ratas en un rincón, con fuerza tal que los alambres quedan rotos. La muchacha trata de correr y es propicio un tropezón con el cadáver yaciendo boca arriba, con los ojos en blanco y los dientes frontales perdidos, para quedar igual en un callejón sin salida. El largo desarreglo de sus sentidos resbala por la pared y ella termina sentada en el suelo. Ella ve al hombre con la extraña arma interceptar su fuga autorizada. Oía sus pasos acercarse como oía el eco de mil rumores acerca de los asesinatos de mano de un Jack el destripador o un

Juan del Diablo. Ella estaba aterrorizada. Ella se llamaba Pilar Portilla. La pobre de Pilar había sido huérfana desde los cuatro años. Luego de haber sido adoptada por su abuela sentada en el sillón de *Acca Larentia* hasta los catorce años, ella entra a trabajar a una fábrica textil donde percibe sesenta y cinco céntimos a la semana, el cual es suficiente para comer a la par que las polillas hambrientas en el menú de mudanzas. La otra mitad de la opulencia se completa pagando a buen precio la virginidad. Alcanzados los quince años, Pilar concluye que cuatro pesos es menos faltarle el respeto a la virtud. Luego, dos veces por semana, no más, se pasea por la Alameda ocurrido el ocaso y eleva una plegaria porque en esas caminatas siga evitando toparse con las atenciones de los traficantes de paso que gustan dejar cicatrizadas a las chicas después de adquirirlas en un garito público, seguir evitando toparse con las patrullas policiacas y los novios ejerciendo una presión para trabajar para ellos, seguir evitando cruzar la calle y terminar sentada en una cantina de música indescifrable. El hombre misterioso le extiende un pañuelo y la conduce fuera del callejón. Bajo la luz de las farolas de gas, la dama cuelga su espíritu en los horarios de rezo de sus ojos y la voz de ese varón arde como otro farol separando dos estrellas. Ella nota que el individuo es bien parecido y bien merecido los aplausos enguantados a tono con su elegante atuendo de polvo sacudido, lo cual provoca el pinchazo de su sonrisa. El apuesto extraño levanta el ala de su sombrero y le devuelve la sonrisa de aprobación. La chica es otra canción sin título con sus grandes ojos fijos. Inmediatamente el caballero le pregunta por su nombre, donde vive y si no encuentra objeción en aceptarle una invitación a cenar. Ella acepta acompañarlo. Ambos toman un carruaje en dirección a *La Bombilla* para probar una delicia. Después del paseo, él junta el nombre corto y una rosa amarilla para tenerla entre los dedos un momento, un poco por botánica, un poco por atraer al demonio del vals en el barullo interrumpido con leves abanicos y pestañas en la teoría de las reuniones. Ella

no puede quitarle la vista de encima y no es el gesto de elegir un vino o comprarle bombones, sino el sentirse solos en la fiesta más concurrida del mundo. Las manos cogidas, un apetito espera el paso de las hormigas encima de la mesa. La noche no logra terminar hasta mezclar la plástica y los pétalos en una sola miga de ternura. Más tarde, en la caminata cruzando un puente puntual sobre el tiempo, el hombre se detiene frente a la fachada del Hotel Imperial. El lugar es un palacio de facilidad. Ella está dispuesta a hacer cualquier cosa que se le demande dentro del dormitorio. El caballero le propone pagarle cien pesos a cambio de un segundo de dolor. Ella siente miedo y la contagia la mala sombra del nabad pero, al mismo tiempo, ¡cien pesos! Ni la décima parte se consigue saldar toda la aritmética maltrada y sucia de los amantes marinos y viejos solteros. La resolución es súbita. Sin pensar en tomarla, sin pensar en no tomarla. Pilar se acostó en la cama. Él le pide que se descubra una nalga y el malestar fugaz es como una espina de rosa. Inmediatamente una mota de algodón limpia el punto donde fue aplicada la inyección de penicilina. “¿Te gustaría pasar la noche aquí, princesa?”. Pilar no pone atención a la pregunta. Ella se sienta abstraída en el borde de la cama con la preocupación de que ese cliente le hubiera hecho algo que le arrebatara la respiración de un momento a otro, por ejemplo, inyectarle un veneno o una fórmula diabólica, pero no sentía nada raro. “La habitación está pagada por adelantado, puedes permanecer aquí el tiempo que tu quieras”. Pilar asiente con la cabeza, imaginando que sería muy comfortable dormir sobre almohadas de raso nuevo. El hombre la tapa con las sabanas hasta el cuello y besa su frente, coloca el monedero magnífico junto a la música gratis de un fonógrafo en la mesilla rococó y sale de la habitación, habiendo salvado su vida esa noche, puesto que ella había contraído sífilis la semana anterior sin darse cuenta y, al año siguiente, ella se vería tan enferma que ningún hombre hubiera querido pagar sus servicios; entre varios viajes a la cárcel dejaría de ir a su trabajo en la

fábrica y hubiera sido seducida y vendida como bestia de carga sexual a uno de los peores burdeles y hubiera muerto dos años después. Pero esa noche, ella soñó con ese hombre sin nombre que lo cambió todo y supuso que se conocieron en los versículos de la biblia. A la mañana siguiente, nadie le pidió que desocupara el cuarto, ni a la mañana siguiente ni las posteriores, durante años, llevando una vida normal y eventualmente contrajo matrimonio con el dueño de la carnicería y tuvo tres hijos con él, quienes crecieron a su vez y desposaron a otros miembros de familias honorables y trabajadoras, y una de esas parejas procreó a un niño que llegó a convertirse en un personaje importante y salvó la vida de millones de personas. Pero esa noche de 1892, ella durmió en el centro perpetuo de la tranquilidad por primera vez.

Lo Cortéz no quita lo valiente. La escuela de conquista posible llega a la Secretaría de Educación y ordena que todos los libros de Historia corrijan sus páginas para que la Guerra de los Pasteles no vuelva a ser conocida como la Guerra de los Tortazos. Del mismo modo, conmina a todo los comentaristas de radio y televisión a diferenciar el uso de la expresión “en un momento” con el uso de “en un instante”, los cuales no significan lo mismo ni valen igual y cuyo abuso le molestaba grandemente. La primera consideración era parte de su trabajo, la segunda, cuestión de que satán sea dios por sus barbas.

4. Rediez

Con suave crujir de apocalipsis, el planeta llega a sucumbir por la guerra termonuclear global. Para constatar lo inevitable, la barbada figura de Dios se pasea sobre el fango de las ruinas, que será por siempre la niebla ceniza y metálica que disipa su mano. Hace un alto y exclama:

-¡Ni modo, seis días de labor que se fueron al carajo!

Una hora antes, la compleja computadora jamás diseñada es el tema central en la Feria Mundial. La tabla periódica de todos los científicos del mundo se reúne para plantear la pregunta útil que suscite nuevos linderos de la inteligencia artificial.

Mientras las grandes mentes disputan sobre funciones de Lagrange, Análisis de Mandelbrot o la nula noche teórica de Fermat, el conserje rodea la respiración de los cuerpos con escoba en mano y deletrea sobre el tablero: ¿Existe Dios?.

Un silencio, ni atento ni distraído, sigue el rastro de la frase y la vasta máquina echa a andar automáticamente. Varios focos se encienden por vez primera y un solemne rehilar mecánico culmina en respuesta.

-A partir de este instante...

LA SEGUNDA PIEDRA

Dicen que los animales lo presintieron primero.

En el tranquilo atardecer del primero de Octubre de 1988, las liebres súbitamente se tornaron valientes y, sin hacer caso del ir y venir de trailers ni automóviles, corrieron agitadas carretera arriba, huyendo del lago. Al anochecer, las vacas se revolvían inquietas en sus establos, los perros aullaban, las gallinas velaban y no podían quedarse separadas. A cierto matrimonio que veía el televisor le molestaba el pendenciero revolotear de su canario enjaulado. El ajetreo cesó de pronto; víctima de un pánico extraño, el ave había metido la cabeza entre los barrotes, ahorcándose. El marido miró a su esposa y murmuró: “Mujer, algo va a ocurrir”.

Fue entonces, a las 21:30 horas, cuando la piedra cayó del cielo.

Dos astrónomos japoneses fueron los segundos en vaticinarlo. Hiromitso Yoko y Tairo Oshima, de la Universidad de Kyurin y del Instituto Mitsubishi-Kasei de Ciencias Vitales, respectivamente, se encontraron casualmente observándola mediante el enorme telescopio de Mauna Kea y, a la luminosa cauda de sus proyecciones matemáticas, determinaron la trayectoria decisiva del meteoro. Ahora, debían compartirle la noticia al mundo, conmoverlo.

Durante siglos, la humanidad ha soñado con la vida más allá de este planeta. De no encontrarla, ella se quedaría girando en la vergüenza ptolomeica. El proyecto Argus, un vasto y sofisticado complejo de radiotelescopios que soportan los programas *SETI* (*Search for Extraterrestrial Intelligence*), ha buscado por la señal en el espacio que indique la existencia, en algún punto de la ecuación de Drake, de una civilización avanzada. De

pronto, una cálida noche de Octubre, el curso del planeta cambia para siempre: el mensaje ha llegado.

En sesión de emergencia dentro del Salón Oval, el presidente de la nación que puso el primer pie en la luna, que trajo cascajos lunares que otrora fue el oro de los gambusinos, revisa el reporte del NORAD, al lado de su consejero científico, Dr. Martin Weidenfeld. Los jefes militares asienten en silencio, como si estuvieran al tanto de los temas favoritos de los lapidarios bíblicos.

-Sr. Presidente, es posible que no haya más necesidad de buscar por mensajes del espacio exterior; Dos biólogos de mi laboratorio piensan que el “*telegrama intergaláctico*” tal vez se encuentre aquí desde un principio, esperando su validación.

-No entiendo, Martin. Dime qué opinan, específicamente.

-Ellos creen que la clave debe ser más natural que disimulada; Es decir, ellos plantean que una civilización superiormente avanzada, bien pudo aplicar a un protozooario el más peregrino método de comunicación que pudieran propagar los pulsares juntos.

-Martin, me parece una novela de Ciencia- Ficción. Se me ocurre “Los cálculos jodidos de Orión”, ¿eh?

-Señor Presidente, un sistema de mensajes mediante orgánulos autónomos tendría mayores ventajas, aún por encima de la radioacústica. Por ejemplo, no hay necesidad de que un receptor y un transmisor siquiera estén apuntando en la dirección indicada y en el momento oportuno, mucho menos faltaría quién espere recibir el mensaje. Al caer en el ambiente propicio, el protozooario simplemente se reproduciría hasta evolucionar en vida inteligente, capaz de leer su propio código cifrado.

-La idea me pasa por encima de la cabeza – y con ello, pasa la mano: ¡Wooooops!

-Muy simple, la información puede estar habitando nuestros sistemas digestivos y nosotros no saberlo.

El Secretario de la Defensa interrumpe en la plática erudita, con la convicción de guardar un *suiseki* en la polaroid. El Científico señala con determinación esta lambda fractal sobre el mapa. *Rendezvous* con Kali.

-Afirmativo, el meteorito presumiblemente contiene un virus llamado **PhiX-174**; Cuando epidemiólogos británicos descifraron su entera estructura genética a partir de algunas muestras fósiles del eoceno, en un mismo acto descubrieron que era posible “leer” fragmentos de la clave contenida en su **RNA**, de múltiples formas y según el lugar en que se emprendiera la traducción...

Tosido introspectivo. La voz del diablo habla desde la obscuridad a todos los presentes.

-Tal vez hemos hallado instrucciones para construir armas más letales.

Aplausos cerrados. Este Comandante en Jefe firma un sencillo memorando, terminando la reunión del *SNIE*. Más tarde, ante las Naciones Unidas, como el presidente del Consejo Permanente de Seguridad, da el siguiente aviso de responsabilidad de *todos los escenarios posibles* con el puntapié de Occam. Un despacho de cascos azules provoca la acción ofensiva en pos el objeto interestelar. Por supuesto, otros países lograron disentir respecto de semejante aval de moral hemisférica y discreción militar. *Pravda* enrojeció de ira, luego del rojo hacedor de viudas. Corea apeló a los sagrados arqueros de los firmamentos para justificar su escalada nuclear. El primer ministro carioca prácticamente bailó *samba*, alegando desde el estrado que su territorio, después de todo, era el que había recibido el pedazo ominoso desprendido del cielo raso. Nada de esto importó al Grupo de

los siete: ellos eran primero y la NASA inicia una operación de aseguramiento de otra muestra geológica del corazón de los hombres.

Era la segunda piedra Rossetta.

La primera, uno de los más valiosos descubrimientos en su género, fue la clave para el desciframiento de los jeroglíficos egipcios, pues contenía textos paralelos en tres escrituras: jeroglífica, demótica y griega. Las inscripciones fueron interpretadas por primera vez en 1821, gracias a Jean Francois Champollión. Desde el punto de vista práctico, la segunda roca funcionaría igualmente eficaz. Más, en el plano teórico, la dificultad seguía siendo la misma a la que experimenta el aficionado a los radios en onda corta. Este sujeto debe primeramente distinguir si los sonidos que escucha constituyen una publicidad de Urano o son, simplemente, las descargas estáticas de su ano. *NASA* tendría la confirmación. Solo que la piedra ahora se encontraba a los pies de David, quién amenazaba con sus redes destrozadas al rostro del bravucón entre los pescadores de la comarca. Este gigante hacía pasar muy malos ratos al escuincle, pero la idea de una pedrada no complacía a nadie y, con excepción de Goliath, ninguno se rió del pequeño cuando su mano perfiló en contra de esa figura burlona el guijarro inmediato a ras del suelo. El guijarro es un vocablo duro que nos ignora.

Era la segunda pedrada a la cara de la historia, como lo hiciera la piedra de Bat Creek también.

LASCAS AD LIB

Salvador Díaz Mirón lleva más de una hora sentado en la taberna, contemplando un vaso con agua. La escena tiene forma de punto y raya. Repentinamente, las bayonetas del ejército constitucionalista irrumpen en el lugar del poeta y lo rodean. El comandante al mando del grupo armado se adelanta a su unción, toma el vaso con agua al frente del prisionero y se lo toma. La tropa ríe. El bardo empieza a sollozar.

-¡Me lleva la que me trajo! ¡Y este es el hombre que mató en legítima defensa a Federico Wolter! –refiere el militar a sus hombres.

La escuadra se embriaga de oprobio.

-¿No tiene pa' pagarse otra?

-No es eso – responde Díaz Mirón – Es que este ha sido el peor día en mi vida. Estoy desvelado. Azules y con oro enarenados, como las noches limpias de nublados, los ojos que contemplan mis pecados. Y justo cuando supuse que iba a poner fin a mi desdicha, aparece usted y sus soldados y se toma mi veneno.

H.G. WELLS *SAMPLEADO EN LA NUEVA MAQUINA DEL TIEMPO*

Garantía y ventajas del *sampler*. Cuando la ilustración del primer modelo de teclados sintetizadores apareció en la plana publicitaria provocando la mudez total del tiroriro, al instante se planteó la vanguardia instrumental para enriquecer el vocabulario tonal de la última década y acercarse a la más universal música jamás compuesta. De ese modo, la educación del oído estereofónico demandaría los mismos ruidos primordiales que a partir del día de la creación, identificaron al trueno y la erupción volcánica para que escoltaran al hombre como tambor de guerra, hasta ponerlo sordo con gorjeos, más tarde simplificados por el músico francés Maurice Martenot durante el convencional año de 1928. Para los dedos modernos, el *sampler* asimila todo volumen del planeta que apenas alcanza un decibel y lo ajusta a un patrón de abundantes voces en dinámica digital, cuyo amplio control **MIDI** alcanza el punto de prescindir de una mano con seis dedos para ejecutar complejas variaciones polifónicas sobre el sonido registrado. El resultado es una fermentación de notas inauditas que hace posible la música contemporánea. Además de esta búsqueda y captura, existe otra función que enriquece su repertorio: la fantástica cualidad del aparato para entrar en contacto con los enseres domésticos al *samplear* su lenguaje eléctrico.

La electrolingüística, triste pseudociencia delineada por científicos de **NASA** para su programa de radiotelescopía, trata de sostener la teoría de que el zumbido escuchado dentro del funcionamiento normal de refrigeradores, tostadores o lavadoras no corresponden a las fluctuaciones en el nivel de energía, sino a un secreto lenguaje por medio de cual los útiles caseros se comunican entre sí. El *sampler* ha venido a convertirse en el traductor universal. Aquí en México, otros investigadores en **CONACYT** se han

atrevido a teorizar que cuando la gente discute o hace música silbando, el mensaje eléctrico y no eléctrico guarda silencio...como si estuvieran escuchándolo a uno. Algo digno de la imaginación de H.G. Wells, tutor de “*La máquina del tiempo*” y otros rescates ficcionales. Lo cierto es que un alumno de la academia musical **ASAHI** jura corroborar esta noticia científica y haber intervenido el negocio clandestino sostenido entre un ventilador de techo y un refrigerador duplex, estableciendo una comunicación por medio del *KURZWEIL K-100* de cinco octavas para, de este modo, obtener la versión romántica del acontecimiento. El ventilador desata sus giros y retrocede en el tiempo, cuando el temprano campo de las primeras radios apuntaba hacia el nuevo concepto: *alta fidelidad*. Término que pronto iba a estar en boga. Los primeros entusiasta del **Hi-Fi** comenzaron a coleccionar toda clase de ruidos como locomotoras en marcha, aviones despegando o aterrizando, caballos galopando, sirenas, ladridos y armas disparándose hasta desencadenar “*La guerra de los mundos*”. Los altoparlantes crecieron, al igual que la barrera del sonido, y las palabras *woofer*, *tweeter* y *feedback* se incorporaron al idioma de las distorsiones. El ventilador recuerda perfectamente la estancia donde H.G. Wells cruzaba el umbral para dirigirse hacia el novedoso magnetófono que cubría la pared frontal e inmediatamente hacer girar una perilla. Una cinta de carrete se pone en marcha y todo el cuarto se llena con los vibrantes gemidos del canto de un par de Yubartas. Maurice Martenot, su invitado, quien a la ocasión venía a presumir su instrumento ingeniosamente accionado por tubos imantados y cuyo intérprete debe manipular por medio de un condensador variable, permanecía junto a la puerta...conmocionado por aquel himno.

-Son muy bonitos ¿no lo cree?- comenta Wells

Martenot sonrío y asiente con la cabeza. En el pasado, muchos compositores y científicos románticos solían sentarse durante horas a escuchar estas grabaciones de

ballenas y teorizar respecto del mensaje oculto que se comparten. ¿Qué se estarían diciendo una a la otra? ¿Sería un grito de ayuda? ¿Un aviso de alerta? ¿Una serenata entre dos enamorados? Sea lo que fuere, resultaba un sonido divino.

Wells detuvo la grabación y retrocedió la cinta. Al instante la atmósfera se congestionaba de pulsaciones y largos rechinidos. “Decodificación eléctrica” - explicó- “Verá, cuando sonidos neutros son reproducidos al revés, toda clase de patrones empiezan a traducirse; el resultado es más complejo de explicar que el por qué los japoneses puedan ver con los ojos tan oblicuos y al mismo tiempo diseñar radios transistores...”. Hizo una pausa mecánica. El suspenso dejó caer todo el peso de las interrogantes: ¿Qué enseñanza se almacenan en esa lenta evolución de siglos? ¿Qué misterios nos rescataran estas voces de las profundidades oceánicas? ¿Cuál sería la revelación?. Ahora el borde de la silla difícilmente contenía en equilibrio al músico boquiabierto.

-¿Esta seguro que quiere escuchar la versión más lenta?- preguntó Wells nuevamente, aunque sin esperar respuesta alguna de por medio. Las voces decodificadas se permitieron tronar en el espacio:

-Hey, corre por ahí el rumor de que el plácton está bajo las leyes del mercado negro...¿Qué vamos a hacer al respecto?

-Me parece buena excusa para organizar otro concierto de beneficencia y comernos a Jonás...

La revelación era muy cruda. Las ballenas sí que eran tan inteligentes como los humanos...¡eran estúpidas! Martenot corrió a jalar el cordón del contacto, interrumpiendo la siguiente frase perversa.

-¿Ya ha tenido suficiente o prefiere escuchar sus varias interpretaciones de John Cage?- inquirió Wells nuevamente.

Martenot no contestó. Se desmayó...además de que el cordón por él jalado pertenecía propiamente al refrigerador.

Pero el actual *sampler* no necesita conexión eléctrica alguna, ya que cuenta con su propia fuente de poder. La maquina ha demostrado la posibilidad de capturar el presente, el pasado, pero...¿y el futuro? Nuestro joven estudiante tiene a la mano otro libro de Wells intitulado “*Lo que vendrá*”. Bastanos *samplear* sus páginas para improvisar una canción en futuro, a dos voces, que diga así:

Voz 1: Perdone, señor...¿me podría dar su hora?

(El otro sujeto sacara de su bolsillo un puñado de diminutas cápsulas multicolores y, mostrándolas sobre su palma abierta, dirá...)

Voz 2: Me temo que sólo puedo compartirle unos minutos.

Voz 1: Qué lástima. Bueno, me conformaré con cinco minutos.

Voz 2: ¿Hacia el pasado o el futuro?

Voz 1: Al pasado. Hoy me siento un poco nostálgico...

LA FICHA CAPICUA, O ¿QUIEN AHORCO A LA MULA DE SEIS?

Bienvenidos al juego del dominó. ¿Alcanza usted a reconocer alguna celebridad alrededor de esta mesa? Bueno, en todo caso usted debió viajar a bordo de un tortuoso vagón en “*Asesinato en el Expreso Oriente*” o navegado por corto tiempo en el intrincado crucero de “*Muerte en el Nilo*” si deseaba atrapar a verdaderas personalidades. A ras de la intuición que basta al partido, encontramos que las fichas son orientadas como mínimos teclados atonales delante de Sherlock Holmes, Ellery Queen, Hércules Poirot y la víctima anónima quién, como en toda novela de misterio, invita a su compañero de al lado para hacer un primer movimiento, enseguida que deja reposar el vaso de whiskey. “¿Por qué desea que tenga un primer movimiento? -se alarma Poirot, desatando tabúes con la mirada enigmática que provoca el alcohol -¿Piensa que soy imaginario? O quizás no desea que haga precisamente movimiento alguno, sino que trata de empezar una conversación casual conmigo porque se halla inmiscuido en algún problema, ¿Cierto, no? La víctima replica: “¡No, idiota...es que tú tienes la mula del seis!”. Hércules *se acuesta* y el juego inicia. Repentinamente, las luces se apagan y un disparo prueba la resistencia del oído alerta. Hércules opina en medio de la obscuridad: “¡Esto significa sólo dos cosas: O no pagaron a tiempo el recibo de la luz o se voló un fusible! A propósito, viene a mi memoria el célebre caso en donde el asesino aflojó uno y...”. Ellery adelanta la conclusión: “¡...Y usted lo resolvió tomando la huellas digitales dejadas sobre el fusible...!”. Poirot exclama: “¡Sacre Bleu! ¿Cómo no pensé en eso? Jamás resolví ese caso...”. Las luces regresan y el cuerpo de la víctima yace sobre sus propias fichas desparramadas, cuyos orificios negros suman 21 puntos...más otro orificio negro sobre la sien derecha: 22 puntos en total. “¡Está muerto!”, exclama Holmes. “¡Esperen, señores...esgrimen rezos sin sentido! ¡Alguien mantenga el

corcho puesto a la boca de la botella! Como los afamados detectives que prefieren demorarse en la jactancia, nos compete considerar todas las alternativas posibles: Uno, puede que el hombre sólo esté dormido; dos, medita sobre la siguiente jugada, tres...”, Ellery razona a lo largo y entrecerrado de sus párpados, observando al botafumeiro que cuelga del techo, en tanto Holmes corre a la puerta y gira la llave para que nadie salga o entre. Poirot exclama: “¡Mon Dieu, el jugador parecía inocente! ¡Debemos resolver este asesinato antes de que la policía llegue! ¡Permiso para iniciar un interrogatorio! ¿Quién de ustedes tenía motivos para matarlo?”. Un interrogatorio, en toda novela de este género, detalla exactamente el tiempo y lugar de cada sospechoso. Se van descartando las fichas sobre la mesa hasta que queda una...¡Y la solución final! En el eventual caso de cierre o tranque, es decir, cuando se suspende la diversión de formar graciosas culebritas tendidas, a pesar de quedar fichas en juego, se viven enormes culpas. Una pareja en desacuerdo puede establecer un empate, convencidos de su reclutamiento tan profundamente emparentado con los dados, pero jugar dominó es igual a tener sexo, si no tienes un buen compañero, vale que tengas una buena mano.

“¡Yo lo odiaba...era un mal perdedor!”, confiesa Holmes. “¡Yo lo aborrecía...porque hacía trampa!”, continúa Ellery. “¡Yo lo despreciaba...porque no sabía contar!”, admite Poirot sin abandonar su posición de nulidad ante la pila de placas que tiene derecho a tocar. “¿Quiere decir que los tres teníamos suficientes motivos para asesinarlo?”, concluyen en una misma pensada. Bienvenidos al juego de las coincidencias, todos tienen un motivo para haber matado a la víctima. Siendo así, ¿podríamos deducir que hubo tres disparos al unísono? Tres disparos a un mismo tiempo y un solo agujero en el cráneo significa que sólo una bala dio en el blanco y las demás fallaron, por lo que tendríamos que buscar dos hoyos en la pared...¡pero no hay ni un clavo sobre la pared! Entonces, las tres balas coincidieron

en el mismo punto y eso es tener una excelente puntería...¡especialmente a oscuras! Pero, ¿donde están las armas? Y el juego ¿qué? Volver a hacer la sopa, menea el culo muy bien. La diferencia entre conseguir mejores defensas o pescar influenza. Yo quisiera conseguirme un verdadero detective para resolver este asunto, o preferiría confesar cualquier delito jamás cometido a continuar escribiendo las disparatadas conclusiones en tres investigadores, que juegan con las pistas como “tres ratones ciegos”. Además, el final siempre resulta un giro inesperado en este género literario. “¡Elemental!” sentencia Holmes...y tiene razón.. Caso cerrado.

CODICE BIZNAGA #112

Según los ritos del embalsamiento, su cuerpo bajaría a la cámara mortuoria teniendo por fiesta los jarrones cuyo contenido son cabezas cortadas. En espera de la escribanía que le atesore marfiles lunas, en espera del ancestral saqueo por parte de los profanadores. En espera...

Al borde del ónix de la noche, una estrella va siguiendo los ojos del *Huey tlatoani* para ganar la curiosidad infantil. En el exterior del anillo, las tinieblas envuelven el cuerpo con las plumas agradables de la coronación. Obediente al instinto de su bastón, éste observó que iba caminando la tortilla blanca cercana al suelo o el círculo de una luz que no termina por trasgredir el vacío total de negro en esa noche enjastada en la alhaja del dedo índice: El gran señor ordena a la orilla retirarse todavía más y en respuesta una sorpresiva ola consigue mojarle los pies.

Por supuesto, tan excelso gobernante debió encontrarse con alguna chinampa de lo invisible. No había palacio alrededor suyo, ni casas, ni sembrados, ni selva, salvo el límbico canal y una embarcación dorada en el paisaje. La chalupa llegaba hasta él muy lentamente, casi sin distorsionar la superficie del agua, extraña y hermosa, tamaño proporcionado a un arco de flores. Sin aviso, la nave encalló y, en rastro de pies descalzos sobre el fango, el señor la abordó.

Lo mismo es una hormiga que pisar su cubierta de troncos derribados y llega a la conclusión de que era conducida por un regreso de espectros y problemas. No había tripulación. Nuevamente la barca alzó los remos y se perfiló súbitamente como yendo en contra de las leyes naturales del aguacero y tomándole como el pasajero por un río de rosas. El gran señor no tenía una idea de centro u ombligo, aunque suponía que estos

acontecimientos se sucedían de conformidad a un plan divino para conducirlo a la morada celestial, luego inicia una búsqueda en el horizonte.

Más adelante, otra embarcación apareció de la nada: una frágil canoa de carrizo minucioso. ¿Qué es lo que hace una vulgar barcaza como ésta en la vía divina? El rey preguntó, inclinado sobre la baranda. Entonces, botando el rudo lastre de su inconsciencia, pudo identificar la sombra cobriza de un *macehual* que remaba en dirección a él. Los navíos se juntaron.

-¡Su majestad, que maravilloso es volver a verle! -gritaba el hombre de barca a barca. -¡Me siento honrado de haberme cruzado en el camino, oh rey de las naciones! ¡Oh protegido del fiero Huitzilopochtli!

El *Huey tlatoani* apuntó a su mandíbula para señalar que las correas del penacho real no le permitían abrirla.

-¿Tu boca cerrada, poderoso? Pero, ¡Por supuesto, gran señor! ¡Dejadme subir a bordo para permitirnos hablar en voz alta!

Con agilidad animal, danzante y sensual, el sirviente escala por el septentrión del aplustro. La obsidiana atisba entre los dientes y se toma el atrevimiento de rozarla por la mejilla real. Los cascabeles se agitan políglotas.

-¿Cómo te has atrevido, infeliz, a pisar mi nave solar? -gritó.

-¿Tu nave, majestad? - reaccionó el sirviente.

-¡Sí! -terqueó aquel.

-¡Oh, su majestad es tan bromista como siempre! ¡Su lengua es siempre tan sutil, rápida! ¡Háblame en caracolas maravillosas, posee mil ocurrencias! ¡Nunca agota su manantial de...!

-¡Ya! ¡Ya basta de lisonjas!

-Poderoso rey, creo que existe un malentendido...mío, por supuesto. Yo no soy capaz de seguir tus implicaciones veloces como el relámpago, menos desanudar el delicado tejido de tus razonamientos, soy un manso *tameme* de la vergüenza, simplemente. Tan solo puedo decirte, oh Vencedor entre los pueblos, que este celestial navío es la propiedad espiritual de mi gente. La advertencia está escrita sobre las paredes de vuestra tumba y no ha de pasar mucho tiempo, Justo entre los justos, para que los hijos de la cadena de hijos de este hombre-elote que te sirve, tomen prisioneros a tus hechiceros y a tus encargados de conducir las acciones militares a lo largo del espejismo del peyote. Tu nave es solo un jeroglífico.

-¡Que Tezcatlipoca y Tlaloc perdonen la insolencia de tu boca!

El *Huey tlatoani* giró bruscamente la cabeza y clavó su caña dorada en un abrazo severo contra sí. Cerró los ojos y soñó con escalinatas de lava, descendiendo la boa de los solsticios hasta su tumba. Un pasadizo se descubre y las paredes resplandecen con luz neón y esferas estroboscópicas. Flota el olor penetrante del *liquidambar*, mientras los moscardones sacerdotales arrancan la casa del amor de una víctima con percusiones de *teponaztlis*.

-¿Oyes el crepitar de los braseros de barro colocados bajo la incorruptibilidad de otro corazón latiendo aún con el calor de su cuerpo? -susurra el sirviente -Majestad, cuando se destruye un códice para siempre...¡Ya ningún alma se va jamás!

El monarca despierta y se limita a alzar los hombros.

El *macehual* ya canturreaba apenas a una pirueta de distancia. La luna se humedece en los cenotes del tiempo y la corriente hace un alto. A distancia, el lago entero es iluminado por un esplendoroso tropel de luceros saliendo de la negra pirámide truncada, esbelta como un volcán en cuyo canto van conduciéndose otras embarcaciones fúnebres.

-¡Aztlán!- murmuró el rey.

-¡Ellos pesarán nuestros corazones! -sentenció el *macehual* y al instante su rostro se contorsionó con blasfemias y gritos en tanto, con ambas manos, arañaba su pecho para arrancarse el insignificante músculo del pulso, un golpe de sangre ensoñado por los perros, el cual mantuvo posteriormente en vilo.

Miles de tripulantes, en embarcaciones varadas, mantenían su corazón en alto. Ante la escena, el rey corrió en dirección de popa y desanudó sus sayas. Manos desesperadas hurgaban entre los collares, contra la piel mezclada con hojas de tabaco y su herida abriéndose lentamente con rugidos de un jaguar vagando a lo lejos, justo para encontrar...¡oro! ¡Una incontenible cascada de polvo de oro y pepitas que terminaba siendo arrojada al piso! Con el tórax vaciado, se inclinó a excavar con las uñas tan singular parcela de riqueza...pero no encontró corazón alguno. Restaba un sedimento de duda en su pecho, aunque el verdadero vacío del cuerpo comenzó cuando la nave atracó y la sombra de un enorme colibrí le cubrió con ojos desorbitados, reclamando su néctar...

No es aquí donde el choque de aire y flecha da contra el torso de la historia, sino cuando el electrocardiógrafo se estira en una greca continua y una voz exclama:

-Necesitamos un donante...

Al menos por el momento.

Lejos, Tenoch aventó el corazón de Copil justamente en el sitio donde, años después, habría de brotar el nopal de tunas rojas que marcaría el lugar de la fundación de la patria definitiva que su pueblo tenía derecho a vivir. Al menos por el momento, Tlaloc confirma el milagro y ofrece un *referendum* entre el pueblo: ¿Deberíamos rebautizar el sitio sagrado como Bimini? La gente sonrío diplomáticamente antes de pasarlo de largo. Puesto que él habló en perfecto etrusco, jamás entendieron una sola palabra suya.